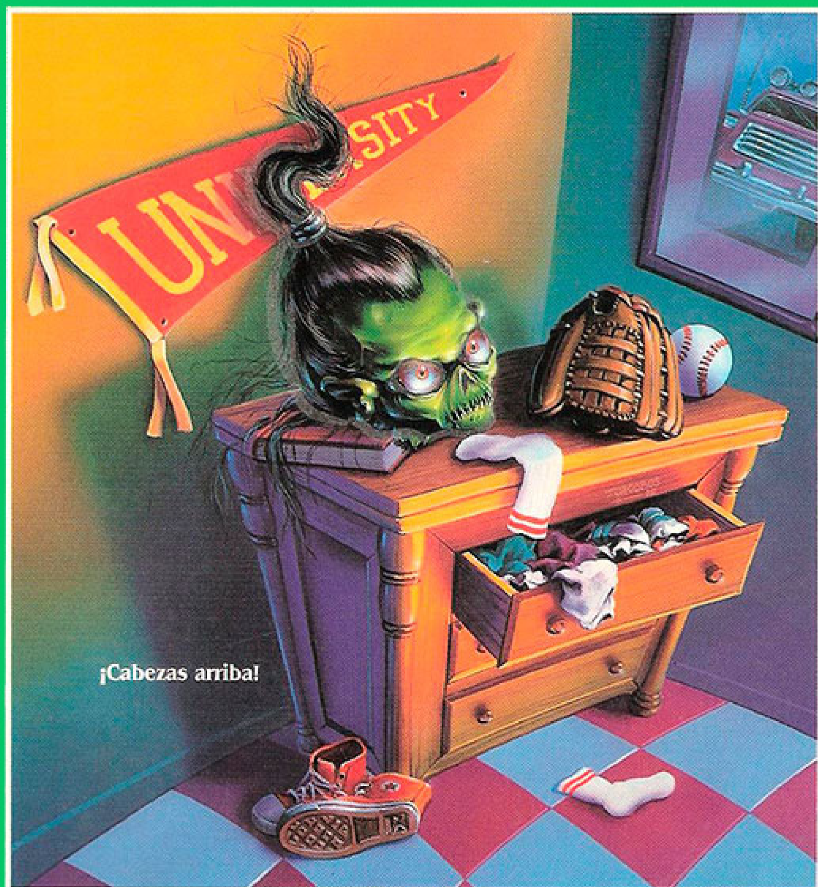
R. L. STINE

Pesadillas

La cabeza reducida



¿Qué es eso que tiene dos ojos, boca, y la piel verdosa y apergaminada? Es la cabeza reducida de Mark. Ha sido un regalo de su tía Benna, un obsequio de la isla selvática de Baladora. Mark se muere de ganas por enseñar su cabeza reducida a sus compañeros. Es fea, asquerosa….¡alucinante! Pero un día, en plena noche, la cabeza empieza a brillar de manera especial, precisamente porque no es una cabeza normal. Ésta dota a Mark de un extraño poder. Un poder mágico. Un poder peligroso …



R. L. Stine

La cabeza reducida

Pesadillas - 28

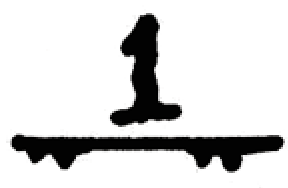
ePub r1.1

k1983 27.09.14

Título original: *Goosebumps #39: How I got my shrunken head*
R. L. Stine, 1997
Traducción: Rosa Pérez

Editor digital: k1983
ePub base r1.1





¿Has jugado alguna vez al *Rey de la selva*? Es un juego de ordenador superguay. Eso, si no te caes en una ciénaga de arenas movedizas o las «lianas vivientes» te estrujan hasta matarte, claro.

Tienes que ser muy rápido para saltar de liana en liana sin que se te enreden en el cuerpo, y para coger las cabezas reducidas que están ocultas al pie de los árboles y entre los arbustos.

Si reúnes diez cabezas reducidas, consigues una vida extra. En este juego seguro que necesitas un montón de vidas extra. No es para novatos.

Mis amigos Eric y Joel juegan conmigo al *Rey de la selva*. Tienen doce años, como yo. Mi hermana Jessica tiene ocho. Anda rondando por la habitación, pero no le dejamos jugar porque siempre acaba tirándose a las ciénagas de arenas movedizas. Le gusta oír el *zuc, zuc, zuc* que hacen cuando te hundes.

Es que Jessica no se entera.

—Mark, ¿por qué no jugamos a otra cosa? —me preguntó Joel.

Yo sabía por qué quería dejarlo. Lo acababa de pisotear un rinoceronte rojo malísimo.

Ya habían empezado las vacaciones de invierno y Joel, Eric y yo estábamos en mi habitación, apiñados frente al ordenador. Jessica estaba sentada junto a la ventana, leyendo un libro. El sol entraba a raudales y hacía resplandecer su melena pelirroja.

—Kaliá —grité cuando cogí mi octava cabeza reducida. «Kaliá» es mi grito de la selva. Es una palabra que se me ocurrió de repente un buen día. Supongo que me la inventé.

Tenía la cara a cinco centímetros del monitor. Me agaché para esquivar unas lanzas que salieron volando desde un frondoso helecho.

—Venga, Mark —me suplicó Eric—. ¿No tienes más juegos?

—Sí. ¿No tienes ningún juego deportivo? —insistió Joel—. ¿Qué os parece el *Béisbol loco*? ¡Es guay!

—¿Y el *Fútbol mutante*? —apuntó Eric.

—A mí me gusta precisamente este juego —contesté sin apartar los ojos de la pantalla.

¿Que por qué me gusta tanto el *Rey de la selva*? Creo que es porque me encanta saltar de liana en liana.

Debo decir que soy un poco rechoncho. Para ser más exactos, soy rechoncho y bajito. Más o menos como los rinocerontes rojos. Supongo que por eso me gusta saltar con tanta agilidad, volar como un pájaro.

Además, es un juego alucinante.

Joel y Eric se aburren porque siempre les gano. En la primera partida que hemos jugado hoy, un caimán ha partido a Joel por la mitad. Me parece que eso lo ha puesto de mal humor.

—¿Sabes qué juego me ha traído mi padre? —inquirió Joel—. *La Batalla del solitario*.

Me acerqué más a la pantalla. Tenía que superar la ciénaga de arenas movedizas más grande de todas. Un resbalón, y sería engullido por aquel cieno arenoso.

—¿Qué clase de juego es? —preguntó Eric a Joel.

—Es un juego de cartas —le dijo Joel—. Ya sabes. El solitario. Sólo hay peleas de cartas. —Tope— contestó Eric.

—Oíd, tíos, estoy en un punto difícil —advertí—. ¿Por qué no os calláis un poquito? Tengo que concentrarme. Estoy justo encima de las arenas movedizas.

—Pues nosotros ya no queremos seguir jugando —se quejó Eric.

Cogí una liana. Me impulsé. Luego cogí la siguiente.

Entonces alguien me dio un golpe en el hombro.

—¡Ayyyy!

Vi un mechón pelirrojo por el rabillo del ojo y supe que había sido Jessica. Volvió a darme otro golpe y se rió, burlándose de mí.

Vi cómo me hundía en la pantalla, engullido por aquella ciénaga

sin fondo.

Zuc, ZUC, ZUC. Se acabó.

Me di la vuelta, hecho una furia.

—¡Jessica…!

—¡Me toca a mí! —Me miró sonriente, enseñándome los dientes.

—¡Ahora tenemos que volver a empezar otra vez! —anuncié.

—¡Y qué más! —protestó Eric—. Me voy a casa.

—Yo también —dijo Joel, calándose su gorra de béisbol hasta los ojos

—¡Otra partida! —les rogué.

—Venga, Mark. Vamos afuera —dijo Joel, señalando el sol espléndido que entraba por la ventana del dormitorio.

—Sí. Hace un día estupendo. Vamos a jugar con el disco volador —me propuso Eric—. También podemos coger los monopatines.

—Otra partida. Luego saldremos —insistí.

Se dirigieron a la puerta.

Yo no tenía ganas de abandonar la selva. No sé por qué me gustan tanto las selvas, pero ya de pequeño me encantaban.

Me gusta ver todas las viejas películas de la selva que echan en la tele. Y cuando éramos unos críos, solía imaginarme que era Tarzán, el Rey de la Selva. Jessica siempre quería jugar conmigo, así que la dejaba hacer de Chita, mi chimpancé parlante.

Lo hacía muy bien.

Pero desde que cumplió los seis o siete años de edad, Jessica se negó a seguir haciendo de chimpancé. En lugar de eso, se convirtió en una pelma integral.

—Mark, yo jugaré al *Rey de la selva* contigo —me dijo después de que mis dos amigos se hubieran marchado.

—Ni hablar —contesté, negando con la cabeza—. Te pasas el día tirándote a las arenas movedizas.

—No. Jugaré bien —prometió—. Esta vez intentaré ganar, de verdad.

Estaba a punto de dejarla jugar cuando sonó el timbre.

—¿Está mamá en casa? —pregunté, esperando oír sus pasos.

—Creo que está en el jardín de atrás —contestó Jessica.

Así que bajé a abrir la puerta corriendo. «A lo mejor Eric y Joel han cambiado de idea —pensé—. A lo mejor han vuelto para jugar

otra partida del *Rey de la selva*».

Abrí la puerta y me encontré ante la cosa más asquerosa que había visto en mi vida.

2

Me quedé mirando la cabeza.

Una cabeza humana, arrugada y correosa. Más o menos, del tamaño de una pelota de tenis.

Los labios, pálidos y resecos, sonreían con desprecio. El cuello estaba cosido con grueso hilo negro. Los ojos —unos ojos opacos y negros— me miraban fijamente.

Una cabeza reducida. Una cabeza reducida de verdad.

Estaba tan sorprendido, tan alucinado de verla ante la puerta de mi propia casa, que tardé un buen rato en ver a la mujer que la llevaba.

Era alta, más o menos de la edad de mi madre, quizás un poco mayor. Tenía el corto pelo negro salpicado de canas. Llevaba un impermeable largo abrochado hasta el cuello, aunque el día era soleado y radiante.

Me sonrió. No le veía los ojos, que ocultaba tras unas gafas de sol con una gruesa montura.

Llevaba la cabeza reducida cogida por el pelo, una mata de cabello espeso y negro. En la otra mano llevaba una pequeña maleta de lona.

—¿Tú eres Mark? —preguntó. Tenía una voz suave y sedosa, como las que ponen en los anuncios de la tele.

—Mm…, sí —le contesté, sin apartar la mirada de la cabeza reducida. En las fotos que había visto no parecían tan feas, tan arrugadas y resecas.

—Espero no haberte asustado con esto —dijo la mujer,

sonriendo—. Tenía tantas ganas de dártela que la he sacado de la bolsa.

—Mm…, ¿dármela a mí? —pregunté sin dejar de mirarla. La cabeza me devolvía la mirada con aquellos ojillos negros y vidriosos. En realidad, se parecían más a los ojos de los osos de peluche que a los de un ser humano.

—Te la envía tu tía Benna —explicó la mujer—. Es un regalo.

Me acercó la cabeza, pero yo no la cogí. Aunque me había pasado el día cogiendo cabezas reducidas, no estaba seguro de querer tocar ésta.

—Mark, ¿quién hay ahí? —Mi madre apareció a mis espaldas—. ¡Oh! Hola.

—Hola —respondió la mujer con amabilidad—. ¿Le ha escrito Benna diciéndole que iba a venir? Soy Carolyn Hawlings. Trabajamos juntas en la isla.

—Oh, Dios mío —exclamó mi madre—. La carta de Benna ha debido de perderse. Pase, pase. —Me apartó para que Carolyn pudiera entrar en casa.

—Mira lo que me ha traído, mamá —dije yo. Señalé la pequeña cabeza verde que Carolyn cogía por el pelo.

—¡Puaj! —exclamó mamá llevándose una mano a la mejilla—. ¿No será de verdad, eh?

—¡Claro que es de verdad! —grité yo—. Tía Benna nunca me enviaría una imitación.

Carolyn entró en el salón y dejó su pequeña maleta en el suelo. Me armé de valor: respiré hondo y me acerqué para coger la cabeza reducida.

No obstante, antes de que pudiera hacerlo, Jessica irrumpió en el salón y se la arrebató a Carolyn.

—¡Eh! —grité, intentando atraparla.

Mi hermana se alejó corriendo, soltando aquella risita burlona, con su melena pelirroja al viento y aferrando la cabeza con ambas manos.

De repente se detuvo con la sonrisa helada en el rostro y miró la cabeza con horror.

—¡Me ha mordido! —soltó Jessica—. ¡Me ha mordido!

3

Se me cortó la respiración. Mamá me estrujó el hombro.

Jessica empezó a reírse.

Otra de sus estúpidas bromas.

Se pasó la cabeza de una mano a otra y empezó a burlarse de mí.

—Qué tonto eres, Mark. Es que te lo crees todo.

—¡Devuélveme la cabeza! —grité enfadado. Crucé corriendo el salón y la atrapé.

Ella empezó a tirar de la cabeza, pero yo la tenía muy bien agarrada.

—¡Eh, le has hecho un arañazo! —protesté chillando.

Así era. Me acerqué la cabeza a los ojos para examinarla. Jessica le había hecho un largo arañazo blanco en el lóbulo de la oreja derecha.

—Jessica, por favor —ordenó mamá, cruzándose de brazos y bajando la voz, como suele hacer cuando está a punto de perder la paciencia—. Compórtate. Tenemos visitas.

Jessica se cruzó de brazos y miró a mamá haciendo un mohín.

Mamá se dirigió a Carolyn.

—¿Cómo le va a mi hermana Benna?

Carolyn se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo del impermeable. Tenía los ojos de un color gris plateado. Sin las gafas oscuras parecía mayor, tal vez debido a las muchas arrugas que tenía alrededor de los ojos.

—Bien —contestó—. Trabaja mucho. Demasiado. A veces,

desaparece en la selva durante días enteros.

Carolyn suspiró y empezó a desabrocharse el impermeable.

—Ya sabe que, para Benna, el trabajo es toda su vida —continuó—. Dedica todo su tiempo a explorar las selvas de Baladora. Quería venir a verles, pero al final no se decidió a marcharse de la isla y me envió a mí en su lugar.

—Bueno, es un placer conocerla, Carolyn —dijo afectuosamente mamá—. Siento no haber sabido que venía, pero una amiga de Benna es siempre bienvenida.

Cogió el impermeable de Carolyn. La amiga de mi tía llevaba pantalones caqui y una camisa de manga corta del mismo color.

Parecía la ropa auténtica de un explorador de la selva.

—Siéntese —le ofreció mamá—. ¿Le apetece tomar algo ?

—Una taza de café me sentaría bien —contestó Carolyn. Empezó a seguir a mamá hacia la cocina, pero se detuvo y me sonrió—. ¿Te gusta el regalo?

Miré la cabeza arrugada y correosa que tenía entre mis manos.

—¡Es preciosa! —afirmé.

Aquella noche, antes de acostarme, puse la cabeza sobre la cómoda y le retiré el espeso pelo negro de la cara. La frente era de color verde oscuro y estaba tan arrugada como una pasa. Los vidriosos ojos negros miraban fijos al frente.

Carolyn me había dicho que la cabeza tenía más de cien años. Me apoyé en la cómoda y me quedé mirándola. Parecía imposible que alguna vez hubiera pertenecido a una persona de carne y hueso.

Puaj.

¿Cómo había perdido aquel tío la cabeza?, me pregunté.

¿Y quién decidió reducirla? ¿Y quién se la quedó después de que la redujeran?

Deseé que tía Benna hubiese venido. Ella me lo habría explicado todo.

Carolyn dormía en la habitación de invitados al final del pasillo. Nos habíamos quedado en el salón, hablando acerca de tía Benna toda la velada.

Carolyn había descrito el trabajo que Benna estaba realizando en

aquella isla selvática y las increíbles cosas que estaba descubriendo en Baladora.

Mi tía Benna es una científica bastante famosa. Lleva casi diez años en Baladora estudiando la flora y la fauna de la selva.

Me encantó escuchar los relatos de Carolyn. Era como si mi juego de ordenador del Rey de la selva hubiera cobrado vida.

Mi hermana se puso un poco pelma porque quería jugar con mi cabeza reducida, pero yo no la dejé. Ya le había hecho un rasguño en la oreja.

—No es un juguete, es una cabeza humana —le dije a mi hermana.

—Te la cambio por dos de mis canicas —propuso Jessica.

¿Estaba loca?

¿Por qué iba a cambiarle un valioso tesoro por dos canicas?

A veces, Jessica me preocupaba.

A las diez, mamá me dijo que me fuera a dormir.

—Carolyn y yo tenemos que hablar de algunas cosas —anunció. Les di las buenas noches y subí a mi habitación.

Coloqué la cabeza reducida en la cómoda y me puse el pijama. Cuando apagué la luz, me dio la impresión de que los ojos negros centelleaban fugazmente.

Me senté en la cama y luego me acosté. Los rayos de luna entraban por la ventana y bañaban la habitación de luz plateada. Con aquel resplandor, distinguía la cabeza perfectamente: me miraba desde la cómoda, estaba bañada en sombras.

«Qué mueca tan horrible —pensé con un escalofrío—. ¿Por qué tiene esa expresión tan espeluznante?».

Me respondí a mí mismo: «¡Tú tampoco estarías tan campante, Mark, si alguien te redujera la cabeza!».

Me quedé dormido mirando aquella cabecita tan fea.

Dormí profundamente, sin soñar.

No sé durante cuánto tiempo estuve dormido, pero en plena noche, me despertaron unos aterradores susurros:

—Mark… Mark…

4

—Mark… Mark…

Los espeluznantes susurros aumentaron de volumen.

Me senté en la cama y abrí los ojos de par en par.

En la oscuridad, distinguí a Jessica, de pie junto a mi cama.

—Mark… Mark… —susurraba, tirando de la manga de mi pijama.

Tragué saliva. El corazón me latía con violencia.

—¿Eh? ¿Tú? ¿Qué te pasa?

—He-he tenido una pesadilla —tartamudeó Jessica—. Y me he caído de la cama.

Jessica se cae de la cama una vez a la semana como mínimo. Mamá dice que va a construir una valla muy alta alrededor de su cama para que no pueda caerse. O, si no, comprarle una cama de ésas supergrandes.

Pero creo que Jessica aún daría más vueltas en una cama así y seguiría cayéndose. ¡Mi hermana es una pelma hasta cuando duerme!

—Quiero beber agua —susurró, tirando todavía de mi manga.

Gruñí y liberé mi brazo. —Bueno, baja a buscarla. Ya eres mayorcita— rezongué.

—Tengo miedo. —Se agarró de mi mano y tiró de ella—. Venga, acompáñame.

—¡Jessica…! —empecé a protestar. Pero ¿de qué me serviría? Siempre que tiene una pesadilla, acabo acompañándola abajo para que coja un vaso de agua.

Me levanté y fui hacia la puerta. Ambos nos detuvimos frente a la cómoda. La cabeza reducida nos miraba en la oscuridad.

—Creo que esa cabeza me ha producido pesadillas —susurró Jessica con voz queda.

—No le eches la culpa a la cabeza —le contesté bostezando—. Tienes pesadillas casi cada noche, ¿recuerdas? Eso es porque te falta un tornillo.

—¡Mentira! ¡Mentira! —se indignó. Me pegó un fuerte puñetazo en el hombro.

—Si me pegas, te quedarás sin agua —la amenacé.

Alargó un dedo y tocó la apergaminada mejilla de la cabeza reducida.

—¡Puaj! Parece cuero. No parece piel de persona.

—Supongo que las cabezas se endurecen cuando las reduces —comenté, alisando el espeso penacho de pelo negro.

—¿Por qué te envía tía Benna una cabeza reducida y a mí no? —preguntó Jessica.

Me encogí de hombros.

—Y yo qué sé. —Salimos al pasillo de puntillas y nos dirigimos a la escalera—. A lo mejor es porque tía Benna no se acuerda de ti. La última vez que nos visitó eras sólo un bebé. Yo tenía cuatro años.

—Tía Benna se acuerda de mí —contestó Jessica. Las discusiones son lo suyo.

—Bueno, a lo mejor piensa que a las niñas no les gustan las cabezas reducidas —sugerí. Bajamos a la cocina. Los peldaños crujían bajo nuestro peso.

—A las niñas les gustan las cabezas reducidas —replicó Jessica —. Yo lo sé. Son guays.

Llené un vaso de agua y se lo di. Se lo bebió haciendo mucho ruido.

—Compartirás la cabeza conmigo, ¿vale? —preguntó—. ¿Y qué más?

¿Cómo compartes una cabeza?

Subimos a oscuras. La acompañé a su habitación y la metí en la cama. Luego regresé a mi cuarto sin hacer ruido y me acosté.

Bostecé y me tapé hasta la barbilla. Cerré los ojos, pero enseguida volví a abrirlos. ¿Qué era esa luz amarilla que atravesaba

mi habitación?

Al principio me pareció que alguien había encendido la luz del pasillo, pero mirando por el rabillo del ojo, vi que no era una luz. La cabeza. ¡La cabeza reducida brillaba como si estuviera rodeada de llamas! Entre el trémulo resplandor amarillo que proyectaba, vi que los ojos oscuros brillaban y centelleaban.

De pronto los labios —los labios delgados y resecos con aquella expresión de desprecio— empezaron a contraerse. La boca se ensanchó en una sonrisa terrorífica.



—¡Nooooo! —gemí aterrorizado.

Brillando incesantemente, rodeada de una misteriosa luz amarilla, la cabeza me sonrió de forma burlona y sus feos ojos oscuros despidieron chispas.

Empecé a dar manotazos en la colcha. Luché por salir de la cama, pero las sábanas se me enredaron en las piernas y me caí al suelo estrepitosamente. ¡*Patam*!

—¡Nooooo! —grité. Temblaba tanto que apenas conseguí ponerme en pie.

Al levantar la vista, descubrí que la espeluznante cabeza se elevaba sobre la cómoda, flotaba en el aire y avanzaba hacia mí como un cometa luminoso.

—¡No!

Me tapé la cara para protegerme.

Cuando volví a mirar, la cabeza reducida brillaba sobre la cómoda. ¿Habían sido imaginaciones mías? Daba igual. Salí corriendo de la habitación.

_¡La cabeza! ¡La cabeza! —grite—. Esta brillando. ¡La cabeza brilla!

Jessica salió precipitadamente cuando pase pitando ante la puerta de su habitación.

—Mark, ¿qué pasa? —preguntó.

No me entretuve en contestarle. Seguí corriendo por el pasillo hacia la habitación de mis padres.

—¡La cabeza! —gimoteé. Estaba tan aterrorizado que no sabía lo

que hacía.

La puerta estaba cerrada, pero abrí sin llamar. Mamá dormía boca arriba en un lado. Papá estaba fuera aquella semana, en viaje de negocios, pero mamá seguía durmiendo en su lado de la cama.

Cuando irrumpí en la habitación, se sentó en la cama y dio un grito de espanto.

—¿Mark?

Corrí a su lado.

—Mamá, la cabeza reducida se ha puesto a brillar. —Hablaba a gritos, con un tono agudo y chillón—. Está brillando ¡y me ha sonreído!

Mamá se levantó y me dio un cálido y tranquilizador abrazo, pero yo no podía dejar de temblar. De repente, me sentí como si volviera a ser un niño pequeño.

—Mark, has tenido una pesadilla —me dijo con voz suave mamá. Me pasó la mano por el pelo, como siempre hacía cuando yo era pequeño.

—Pero, mamá…

—Sólo eso, una pesadilla. Respira hondo. Estás temblando como una hoja.

Me aparté de ella. Yo sabía que no se trataba de una pesadilla, porque aún estaba totalmente despierto.

—Ven a verlo —insistí—. Date prisa.

La empujé para que saliera al pasillo. Una luz se encendió en la habitación de Carolyn y la puerta se abrió.

—¿Qué pasa? —preguntó aún soñolienta. Llevaba una larga camisa de dormir de color negro.

—Mark dice que la cabeza reducida está brillando —le explicó mamá—. Creo que ha tenido una pesadilla.

—¡No, no es verdad! —grité enojado—. ¡Ven, ya verás!

Empecé a tirar de mamá por el pasillo, pero me detuve cuando vi la preocupada expresión de Carolyn. Unos minutos antes, estaba soñolienta, pero ahora tenía los ojos abiertos como platos y no los despegaba de mí.

Me alejé de ella y estuve a punto de tropezar con Jessica.

—¿Por qué me has despertado? —inquirió Jessica.

La aparté de un empujón y llevé a todo el mundo a mi

habitación.

—¡La cabeza brillaba! —grité—. ¡Y me ha sonreído! Mirad. ¡Ahora veréis!

Irrumpí en mi habitación y me acerqué a la cómoda.

La cabeza había desaparecido.

6

Me quedé mirando la cómoda totalmente desconcertado.

A mis espaldas, alguien encendió la luz del dormitorio. Parpadeé para acostumbrarme a la luz intensa, esperando que la cabeza reducida apareciera.

¿Dónde estaba?

Miré en el suelo. ¿Se había caído y había salido rodando? ¿Se había ido flotando de la habitación?

—Mark, ¿se trata de alguna broma? —preguntó mamá. De repente, parecía muy cansada.

—No —aseguré—. En serio, mamá. La cabeza…

Y entonces vi la sonrisa maliciosa de Jessica y me di cuenta de que mi hermana tenía las manos en la espalda.

—Jessica, ¿qué llevas escondido ahí? —pregunté.

Su sonrisa se ensanchó: le resultaba imposible permanecer seria.

—Nada —mintió.

—Enséñame las manos —ordené con brusquedad.

_¡No! —contestó. Pero soltó una carcajada y me enseñó las dos manos.

Por supuesto, en la mano derecha tenía la cabeza reducida, bien agarrada.

—¡Jessica…! —grité irritado y se la arrebaté—. ¡No es un juguete! No le pongas las zarpas encima. ¿Me oyes?

—Bueno, no brillaba —se burló—. Tampoco sonreía. Te lo has inventado todo, Mark.

—¡No es verdad! —me indigné. Examiné la cabeza. Los labios

resecos teman la mueca desdentada de siempre. La piel era verde y correosa, no brillaba en absoluto.

—Mark, has tenido una pesadilla —insistió mamá, tapándose la boca al bostezar—. Pon la cabeza en su sitio y déjanos dormir un poco.

—Vale, vale —murmuré. Volví a mirar a Jessica con mala cara. Luego puse la cabeza reducida sobre la cómoda.

Mamá y Jessica salieron de la habitación.

—Mark es un pesado —le oí decir a Jessica, justo para que yo lo oyera—. Le pedí que compartiéramos la cabeza reducida y él dijo que no.

—Hablaremos de eso por la mañana —contestó mamá sin dejar de bostezar.

Fui a apagar la luz. Pero me detuve al ver a Carolyn, aún en el pasillo. Seguía mirándome fijamente, con expresión de verdadero interés.

Me miró entornando sus ojos plateados.

—¿De verdad la viste brillar, Mark? —preguntó en voz baja.

Miré la cabeza, que no se movía ni brillaba.

—Sí, de verdad —contesté.

Carolyn asintió. Daba la impresión de estar muy concentrada en algo.

—Buenas noches —murmuró. Luego se dio la vuelta y regresó silenciosamente a la habitación de invitados.

A la mañana siguiente, mamá y Carolyn me recibieron con la mayor sorpresa de mi vida.

7

—Tu tía Berma quiere que vayas a verla a la selva —me dijo mamá durante el desayuno, al día siguiente.

Se me cayó la cuchara en el cuenco de los cereales. Abrí la boca como un buzón.

—¿Qué?

Mamá y Carolyn me sonrieron divertidas. Supongo que les gustaba darme sustos.

—Carolyn ha venido por eso —me explicó mamá—, para llevarte a Baladora con ella.

—¿Por-por qué no me lo habíais dicho? —grité.

—No queríamos contártelo hasta que lo tuviéramos todo preparado —respondió mamá—. ¿No estás entusiasmado? ¡Vas a ver una selva de verdad!

—¡Entusiasmado no es exactamente la palabra! —exclamé—. Estoy… estoy… estoy… ¡Y yo qué sé cómo estoy!

Se rieron a la par.

—¡Yo también voy! —afirmó rotundamente Jessica, irrumpiendo en la cocina.

¡Qué pesada!

—No, Jessica —dijo mamá, apoyando una mano en el hombro de mi hermana—. Esta vez le toca a Mark.

—¡No hay derecho! —gimoteó Jessica, apartando la mano de mamá con enfado.

—¡Sí, señora! ¡Kaliá! —exclamé con entusiasmo. Luego me puse de pie de un salto y bailé una danza alrededor de la mesa de la

cocina para celebrarlo.

—¡No hay derecho! ¡No hay derecho! —repetía Jessica.

—Jessica, a ti no te gusta la selva —le recordé.

—¡Sí que me gusta! —insistió.

—La próxima vez te tocará a ti —le prometió Carolyn, dando un largo sorbo a su café—. Estoy segura de que a tu tía le encantaría enseñarte la selva, Jessica.

—Sí, cuando seas mayor —me burlé Ya sabes, la selva es demasiado peligrosa para una criá como tú.

Naturalmente, cuando le dije aquello a mi hermana no tema ni idea de lo peligrosa que puede llegar a ser la selva. Ni idea de que me aguardaban peligros que ni tan siquiera podía imaginar.

Después del desayuno, mamá me ayudó a hacer el equipaje. Yo quería llevar pantalones cortos y camisetas, porque sabía que en la selva hacía mucho calor.

En cambio Carolyn insistió en que me llevara camisetas de manga larga y tejanos, porque íbamos a andar entre plantas y lianas llenas de pinchos. Además, en la selva hay montones de insectos.

—Tienes que protegerte del sol —me instruyó Carolyn—. Baladora está muy cerca del ecuador y el sol pica mucho. La temperatura ronda los cuarenta grados durante casi todo el día.

Por supuesto, no me olvidé de llevarme la cabeza reducida. No quería que Jessica le pusiera las zarpas encima mientras yo no estaba.

Ya lo sé, ya lo sé. A veces me paso un poco con mi hermana.

De camino al aeropuerto, pensé en la pobre Jessica, que se quedaba en casa mientras yo me iba a vivir unas apasionantes aventuras con tía Benna.

Decidí traerle un recuerdo superguay de la selva. Un poco de hiedra venenosa, a lo mejor. O alguna serpiente. ¡Ja, ja!

En el aeropuerto, mamá no paraba de abrazarme y decirme que tuviera cuidado. Luego, otra dosis de abrazos. La verdad es que me hacía sentir bastante violento.

Por fin, llegó la hora de que Carolyn y yo subiéramos al avión. Yo estaba asustado y entusiasmado, contento y preocupado. ¡Tenía

la cabeza hecha un lío!

—¡No te olvides de escribirnos! —gritó mamá mientras yo seguía a Carolyn hacia la puerta de embarque.

—¡Si es que encuentro un buzón! —le contesté yo. No creía que hubiera buzones en la selva.

El vuelo fue muy largo. Tan largo, ¡que pusieron tres películas seguidas!

Carolyn pasó mucho tiempo leyendo sus cuadernos de notas y papeles. Pero cuando los auxiliares de vuelo sirvieron la cena, descansó un rato y me habló de lo que Benna había estado haciendo en la selva.

Según Carolyn, tía Benna había hecho apasionantes hallazgos: por ejemplo, había descubierto dos especies de plantas desconocidas hasta entonces. Una es un tipo de planta trepadora a la que puso su nombre: Benna-lepictus, o algo así.

Carolyn dijo que tía Benna estaba explorando partes de la selva virgen y que estaba desvelando secretos de todo tipo ocultos en la jungla. Secretos que la harán famosa cuando se decida a revelarlos.

—¿Cuándo fue la ultima vez que vino a veros tu tía? —preguntó Carolyn. Estaba intentando abrir el envoltorio de plástico de los cubiertos.

—Hace muchísimo tiempo. Ya casi no me acuerdo de cómo es tía Benna. Yo sólo tenía cuatro o cinco años.

Carolyn asintió.

—¿Os trajo algún regalo especial? —preguntó. Sacó el cuchillo de plástico y empezó a untar mantequilla en su panecillo.

Fruncí el ceño, concentrándome.

—¿Algún regalo especial?

—¿Os trajo algo de la selva cuando os vino a ver? —preguntó Carolyn.

Dejó el panecillo en la bandeja y me miró. Volvía a llevar las gafas oscuras, por lo que no podía verle los ojos, pero me dio la sensación de que no los apartaba de mí y de que me estaba estudiando

—No me acuerdo —respondí—. Sé que no me trajo nada tan

guay como la cabeza reducida. ¡Eso sí que es una pasada!

Carolyn no sonrió. Volvió a ocuparse de su bandeja. Me di cuenta de que estaba pensando en sus cosas.

Después de la cena me quedé dormido. Volamos durante toda la noche y aterrizamos en el sudeste de Asia.

Llegamos justo después del alba.

El cielo que surcaba el avión era de un intenso color púrpura, un color impresionante que yo no había visto hasta entonces. Un enorme sol rojo se elevaba despacio sobre el fondo púrpura.

—Aquí cambiamos de avión —me anunció Carolyn—. Un avión de reacción tan grande como éste no podría aterrizar en Baladora. Desde aquí tenemos que coger un avión muy pequeñito.

Desde luego, el avión era pequeñito. Parecía de juguete. Estaba pintado de un rojo apagado y llevaba dos hélices rojas en las delgadas alas. ¡Incluso busqué con la mirada las cintas de goma que hacen girar las hélices!

Después Carolyn me presentó al piloto. Era un hombre joven que llevaba una camisa estampada roja y amarilla, y pantalones cortos caqui. Tema el pelo negro engominado y un bigote negro. Se llamaba Ernesto.

—¿Vuela esta cosa? —le pregunté.

Me sonrió con malicia por debajo de su bigote.

—Eso espero —respondió chasqueando la lengua.

Me ayudó a subir las escaleras metálicas que conducían a la zona de pasajeros. Luego se encaramó a la cabina.

Carolyn y yo nos acomodamos en nuestros asientos. ¡En la parte de atrás, sólo cabíamos nosotros dos!

Cuando Ernesto puso el avión en marcha, el motor resopló y renqueó como una cortadora de césped al arrancar.

Las hélices empezaron a girar. El motor rugió tan alto que no logré captar lo que nos gritaba Ernesto.

Al final, me imaginé que nos estaba diciendo que nos abrocháramos los cinturones de seguridad.

Tragué saliva y miré por la diminuta ventanilla. Ernesto sacó el avión del hangar marcha atrás. El estruendo era tal que deseé taparme los oídos.

«Esto va a ser emocionante —pensé—. ¡Será como volar en un

ala delta!».

Unos minutos después, estábamos en el aire, sobrevolando a poca altura un océano verdiazul. El intenso sol matinal resplandecía sobre el agua.

El avión daba tumbos y vibraba. Yo notaba la fuerza del viento, que nos hacía saltar.

Después de un rato, Carolyn empezó a señalarme las islas que se veían a nuestros pies. En su mayoría, eran verdes y estaban ribeteadas de arena amarilla.

—Todas son islas selváticas —me dijo Carolyn—. ¿Ves ésa de ahí? —Señaló una extensa isla con forma oval—. Hace años encontraron tesoros de piratas enterrados, oro y joyas que valían una fortuna.

—¡Qué guay! —exclamé.

Ernesto manipuló los mandos y redujo altura; bajó tanto que incluso se distinguían los árboles y la maleza. Parecía que todos los árboles estuvieran entrelazados unos con otros. No vi carreteras ni caminos.

El agua del océano cobró un color verde más oscuro. El motor rugía mientras el avión daba tumbos para sortear los fuertes vientos.

—¡Ahí delante está Baladora! —me dijo Carolyn. Señaló por la ventana una isla que acababa de aparecer en nuestro campo visual. Baladora era más grande que las demás islas y era muy alargada. Tenía la forma de una media luna.

—¡Es increíble que tía Benna esté ahí abajo! —exclamé.

Carolyn sonrió detrás de sus gafas oscuras.

—Pues te aseguro que sí está.

Aparté la vista de la ventana cuando Ernesto giró el asiento para mirarnos. Por su expresión, enseguida me di cuenta de que algo le preocupaba.

—Tenemos un pequeño problema —dijo a gritos para que lo oyéramos en medio de aquél estruendo.

—¿Un problema? —preguntó Carolyn.

Ernesto asintió muy serio.

—Sí. Un problema. ¿Sabes…? No sé cómo se aterriza con esto. Tendréis que saltar.

El pánico me cortó la respiración.
—Pero-pero-pero… —balbuceé—. ¡No tenemos paracaídas!
Ernesto se encogió de hombros.
—Intentad caer sobre algo blando —se limitó a aconsejarme.



Me quedé boquiabierto, casi sin aliento. Me aferré a los brazos del asiento con ambas manos.

Entonces vi la sonrisa de Carolyn. Negó con la cabeza, mirando a Ernesto.

—Mark es demasiado listo para ti —le dijo—. No va a creerse una broma tan tonta como ésa.

Ernesto se rió. Me miró entornando sus ojos oscuros.

—Te lo has creído, ¿verdad?

—Ah, ah. ¡Qué va! —Carraspeé. Aún me temblaban las rodillas —. Sabía que lo decías en broma —mentí—. Más o menos.

Carolyn y Ernesto se echaron a reír. —Qué malo eres— le dijo Carolyn a Ernesto.

Los ojos de Ernesto centellearon. Su sonrisa se desvaneció.

En la selva, tienes que acostumbrarte a pensar deprisa — advirtió.

Volvió a ocuparse de los mandos. Yo volví a mirar por la ventana mientras la isla de Baladora pasaba vertiginosamente a nuestros pies. Pájaros blancos de grandes alas sobrevolaban los árboles verdes y enmarañados.

Habían limpiado una franja de tierra cerca del litoral meridional de la isla. Más allá, se veían las olas del océano rompiendo contra las oscuras rocas.

El avioncito tocó tierra con brusquedad, con tanta brusquedad que las rodillas me dieron un salto. Volvimos a saltar en la pista de aterrizaje sin asfaltar y llena de baches. Por fin, el avión se detuvo.

Ernesto apagó el motor y abrió la puerta de los pasajeros.

Luego nos ayudó a bajar del avión. Tuvimos que agachar la cabeza.

Ernesto sacó nuestras maletas del avión. Carolyn llevaba su pequeña bolsa de lona. Mi maleta era un poco más grande. Las dejó en la pista de aterrizaje y nos dijo adiós con dos dedos de la mano. Entonces el piloto volvió a meterse en su avioncito rojo y cerró la puerta tras de sí.

Cerré los ojos cuando las hélices empezaron a girar y me echaron arena encima. En cuestión de segundos, Ernesto ya había despegado. El avión ganó altura con rapidez y pasó casi rozando los árboles al final de la pista de aterrizaje.

Luego giró bruscamente y emprendió el viaje de regreso. Carolyn y yo cogimos las bolsas.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté, entornando los ojos para protegerme del sol.

Carolyn señaló con un dedo.

Más allá de la estrecha pista de aterrizaje sin asfaltar, se extendía un claro de hierba muy crecida. En el margen del claro, donde empezaba el bosque, vi una hilera de barracas bajas y grises.

—Es nuestro campamento —me dijo Carolyn—. Construimos la pista de aterrizaje justo al lado. El resto de la isla es selva. No hay carreteras ni casas, excepto éstas. Son tierras vírgenes.

—¿Tenéis televisión por cable?

Se detuvo en seco y se echó a reír. Creo que no esperaba que yo hiciera un chiste.

Llevamos las maletas a las barracas bajas y grises.

El sol matinal aún estaba bajo en el cielo, pero el aire ya era caliente y húmedo. Vi cientos de diminutos insectos blancos —alguna clase de mosquito— que volaban sobre la hierba, precipitándose en distintas direcciones y zumbando como locos. A lo lejos, oí el grito agudo de un pájaro, seguido de una larga y triste respuesta.

Carolyn andaba muy deprisa, a grandes zancadas, ignorando los veloces mosquitos blancos.

Corrí para no quedarme atrás.

El sudor me bajaba por la frente. La nuca empezó a picarme.

¿Por qué tenía Carolyn tanta prisa?

—Aquí estamos en una especie de cárcel, ¿verdad? —dije, observando los retorcidos árboles de poca altura que se erguían detrás del campamento—. O sea, ¿cómo salimos de la isla cuando hayamos terminado?

—Conectamos con Ernesto por radio —respondió Carolyn sin aminorar el paso—. Tarda menos de una hora en llegar desde el continente.

Aquello me tranquilizó un poco. Corrí por la hierba, esforzándome por seguir el paso de Carolyn.

El peso de mi maleta empezaba a ser molesto. Con la mano libre, me quité el sudor de los ojos.

Nos estábamos acercando al campamento. Ahora tía Benna saldría corriendo a recibirme. Pero no vi señal alguna de presencia humana.

Había una antena de radio colgando de un lado del tejado. Las barracas eran cuadrados perfectos, con el tejado plano. Parecían cajas puestas del revés. En las paredes habían abierto ventanas cuadradas.

—¿Qué es eso que tapa todas las ventanas? —pregunté a Carolyn.

—Tela mosquitera —me respondió. Se volvió hacia mí—. ¿Has visto alguna vez un mosquito del tamaño de tu cabeza?

Me reí.

—No.

—Bueno, pues aquí lo verás.

Volví a reírme.

¿Estaba bromeando? ¿No?

Nos dirigimos a la primera barraca, la más grande de toda la hilera. Dejé la maleta, me quité la gorra de béisbol y me sequé la frente con la manga de la camisa. Caray. Sí que hacía.

Una tela mosquitera daba entrada a la barraca. Carolyn la apartó para dejarme pasar.

¡Tía Benna…! —llamé ilusionado. Dejé la maleta en el suelo y entré corriendo—. ¿Tía Benna?

Los rayos del sol se filtraban por la tela que cubría la ventana. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra.

Sobre una mesa vi un batiburrillo de tubos de ensayo y otros instrumentos, y más allá una estantería toda llena de cuadernos y libros.

—¿Tía Benna?

Entonces la descubrí. Mi tía llevaba una bata blanca de laboratorio y estaba junto al fregadero que había en la pared, dándome completamente la espalda.

Se dio la vuelta, secándose las manos con una toalla.

No. No era tía Benna.

Era un hombre. Un hombre canoso con una bata blanca de laboratorio.

Tenía mucho pelo y lo llevaba peinado hacia atrás.

Incluso en aquella penumbra, distinguí el color azul claro de sus ojos, azules como el cielo. Unos ojos extrañísimos. Parecían de cristal azul, o de mármol.

Sonrió, pero no a mí.

Estaba sonriendo a Carolyn.

Me señaló ladeando la cabeza.

—¿La tiene? —le preguntó a Carolyn. Tenía la voz ronca y quebrada.

Carolyn asintió.

—Sí. Sí que la tiene. —Observé que respiraba trabajosamente, a bocanadas cortas y poco profundas.

¿Estaba agitada? ¿Nerviosa?

El hombre esbozó una sonrisa. Me pareció que sus ojos azules Centelleaban.

—Hola —le saludé incómodo. No entendía nada. ¿Qué significaba aquella pregunta? ¿Qué era lo que yo tenía?—. ¿Dónde está mi tía Benna?

Antes de que el hombre me respondiera, una jovencita salió de la habitación del fondo. Tenía el pelo rubio y liso, y los ojos del mismo color azul claro que el hombre. Llevaba una camiseta blanca y pantalones cortos también blancos. Debía de tener más o menos mi edad.

—Es mi hija Kareen —explicó el hombre con su voz ronca, en una especie de susurro—. Soy el doctor Richard Hawlings. —Se volvió hacia Kareen—. Es el sobrino de Benna, Mark.

—¡No me digas! —respondió Kareen con brusquedad, poniendo los ojos en blanco. Me miró—. Hola, Mark.

Hola —contesté, aún confuso.

Kareen se echó el pelo rubio por detrás de los hombros.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Yo también.

—¿Y no vas al colé?

—Este trimestre no, porque mi padre me ha traído a esta isla de mala muerte. —Miró a su padre enfurruñada.

—¿Dónde está mi tía? —le pregunté al doctor Hawlings—. ¿Ha salido a trabajar o algo así? Creía que la encontraría aquí cuando llegara.

El doctor Hawlings clavó sus extraños ojos azules en mí. Tardó mucho en responder.

—Benna no está —declaró finalmente.

—¿Qué? —No estaba seguro de haber oído bien. Costaba entender su voz quebrada—. ¿Está… mm… trabajando?

—No lo sabemos —respondió.

Kareen jugueteaba con un mechón de pelo. Se lo enroscaba con el dedo sin dejar de mirarme.

Carolyn se puso detrás de la mesa de laboratorio y apoyó los codos en el tablero. Descansó la cabeza entre las manos.

—Tu tía Benna ha desaparecido —anunció.

Sus palabras fueron como un mazazo en mi cabeza. Desde luego, no me lo esperaba. Además, lo había soltado sin darle mayor importancia, sin una pizca de sentimiento.

—¿Ha… desaparecido?

—Desapareció hace unas cuantas semanas —dijo Kareen, mirando a su padre—. Nosotros tres hemos hecho todo lo posible por encontrarla.

—No-no lo entiendo —tartamudeé. Me metí las manos en los bolsillos de los tejanos.

—Tu tía se ha perdido en la selva —aclaró el doctor Hawlings.

—Pero, Carolyn dijo… —empecé.

El doctor Hawlings alzó la mano para que me callara.

—Tu tía se ha perdido en la selva, Mark.

—Pero-pero ¿por qué no se lo dijeron a mamá? —pregunté, confuso.

—No queríamos que se preocupara —respondió el doctor Hawlings—. Al fin y al cabo, Benna es la hermana de tu madre. Carolyn te ha traído aquí porque tú puedes ayudarnos a encontrarla.

—¿Eh? —Me quedé boquiabierto del susto—. ¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

El doctor Hawlings se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos.

—Puedes ayudarnos, Mark —repitió en un ronco susurro—. Puedes ayudarnos a encontrar a Benna porque tú tienes la magia de la selva.



—¿Qué está diciendo?

Me quedé mirando al doctor Hawlings con extrañeza.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

¿Era la *Magia de la selva* algún juego de ordenador? ¿Como el *Rey de la selva*?

¿Por qué creía que yo la tenía?

—Tienes la magia de la selva —repitió, devolviéndome la mirada con aquellos misteriosos ojos azules—. Deja que te explique.

—Papá, dale un respiro —interrumpió Ka-reen—. Lleva cien horas de viaje. ¡Debe de estar hecho polvo!

Me encogí de hombros.

—Sí. Estoy un poco cansado.

—Siéntate —me ofreció Carolyn. Me condujo hasta un alto taburete junto a la mesa de laboratorio. Luego se volvió hacia Kareen—. ¿Te queda alguna Coca-Cola?

Kareen abrió una neverita que había junto a la pared del fondo.

—Unas cuantas —respondió y se agachó para alcanzar la bandeja de abajo—. Supongo que Ernesto me traerá otra caja la próxima vez que venga.

Kareen me trajo una lata de Coca-Cola. La abrí y me la llevé a la boca. El líquido frío me produjo una agradable sensación al bajar por mi reseca garganta.

Kareen se inclinó sobre la mesa, muy cerca de mí.

—¿Has estado alguna vez en la selva?

Tragué más Coca-Cola.

—No. En realidad, no. Pero he visto muchas películas de la selva.

Kareen se echó a reír.

—No es como en las películas. O sea, no hay manadas de gacelas y de elefantes que se juntan para abrevar. Al menos, no en Baladora.

—¿Qué animales hay en la isla? —pregunté.

—Mosquitos, más que nada —respondió Kareen.

—Hay unas aves muy bonitas de color rojo que se llaman íbises escarlata —intervino Carolyn—. Son increíbles. Se parecen a los flamencos, pero mucho más llamativos.

El doctor Hawlings me había estado observando todo el tiempo. Se acercó a la mesa y se sentó en un taburete frente a mí.

Me puse la lata fría en la frente. Luego la dejé en la mesa.

—Hablame de mi tía Benna —le pedí.

—No hay gran cosa que decir —respondió el doctor Hawlings, frunciendo el ceño—. Estaba estudiando una nueva especie de caracol arbóreo que encontró en esta parte de la selva, pero una noche no regresó.

—Estamos muy preocupados —dijo Carolyn, enroscándose un mechón de pelo. Se mordió el labio inferior—. Muy preocupados. Buscamos por todas partes. Luego decidimos que tú podrías ayudarnos.

—Pero ¿cómo voy a ayudaros? —me extrañé—. Ya os lo he dicho: nunca he estado en la selva.

—De todas formas, tienes la magia de la selva —me respondió Carolyn—. Benna te la transmitió la última vez que fue a verte. Lo hemos leído en los cuadernos de Benna que hay ahí encima.

Carolyn señaló el montón de cuadernos negros apilados en la estantería de la pared. Los miré, meditando profundamente. Seguía sin entender nada.

—¿Tía Benna me transmitió alguna clase de magia? —pregunté.

El doctor Hawlings asintió.

—Pues sí. Tenía mucho miedo de que el secreto cayera en malas manos, y decidió confiártelo a ti.

—¿No te acuerdas? —preguntó Carolyn.

—Yo era muy pequeño —les dije—. Sólo tenía cuatro años. No

me acuerdo. Yo diría que no me transmitió nada.

—Sí que lo hizo —insistió Carolyn—. Sabemos que tienes la magia de la selva. Sabemos que…

—¿Cómo? —interrumpí—. ¿Cómo sabéis que la tengo?

—Porque viste brillar la cabeza reducida —respondió Carolyn—. La cabeza sólo brilla para las personas que tienen la magia. Lo leímos en los cuadernos de Benna.

Tragué saliva. De repente, volvía a sentir la garganta seca. El corazón empezó a palpitarme enloquecido.

—¿Me estáis diciendo que tengo alguna clase de poderes mágicos? —pregunté con un hilillo de voz—. Pero yo no noto nada extraño ni raro. ¡Nunca he hecho nada mágico!

—Pues tú tienes la magia —insistió el doctor Hawlings en voz baja—. Una magia con cientos de años de antigüedad, procedente de los pueblos oloya que habitaban esta isla.

—Eran jíbaros —añadió Carolyn—. Vivieron hace siglos. La cabeza que te llevé perteneció a los oloya. Hemos descubierto muchísimas más.

—Pero tu tía ha descubierto el secreto de su antigua magia —concluyó el doctor Hawlings— y te la transmitió a ti.

—¡Tienes que ayudarnos a encontrarla! —exclamó Kareen—. ¡Usa la magia para encontrar a la pobre Benna… antes de que sea demasiado tarde!

—Lo-lo intentaré —prometí.

Pero en mi interior, pensé: «Han cometido un grave error».

A lo mejor me habían confundido con algún otro.

Yo no tengo ninguna magia de la selva. Ninguna magia en absoluto.

¿Qué podía hacer?

10

Me pasé el día explorando los límites de la selva con Kareen. Descubrimos una especie de arañas amarillas asombrosas, casi del tamaño de mi puño. Y Kareen me enseñó una planta que puede atrapar un insecto cerrando las hojas de golpe y que no vuelve a abrirlas hasta que lo ha digerido completamente.

Caramba.

Subimos a un árbol no muy alto que tenía la corteza muy lisa. Nos sentamos en unas ramas y charlamos un rato.

En mi opinión, Kareen no está mal, aunque es muy seria. No se ríe mucho que digamos y encima no le gusta la selva.

La madre de Kareen murió cuando ella era muy pequeña. Le gustaría volver a Nueva Jersey y vivir con su abuela, pero su padre no la deja.

Mientras hablaba con ella, yo seguía pensando en la magia de la selva y cada vez estaba más convencido que yo no tenía nada de eso.

Desde luego, siempre me habían gustado las pelis, los libros y juegos que hablaran de la selva. Siempre había pensado que las selvas eran una pasada, pero eso no significa que tenga poderes especiales ni nada por el estilo.

Pero ahora tía Benna había desaparecido y sus amigos de Baladora estaban tan desesperados por encontrarla que me habían traído hasta aquí.

¿Qué podía hacer yo?

Aquella noche, mientras intentaba conciliar el sueño, esas

preguntas no me dejaban en paz. Me quedé mirando el techo, totalmente desvelado.

Había una hilera de seis o siete barracas con los techos planos detrás de la barraca del laboratorio. Cada uno dormía en su propia choza.

En la mía había una estrecha cama con un colchón delgado y con bultos, una mesita de noche baja sobre la que dejé mi cabeza reducida, una pequeña cómoda con todos los cajones atrancados, salvo el último, un estrecho armario en el que apenas cabía la ropa que había traído y un cuarto de baño diminuto en la parte de atrás.

A través de la tela mosquitera que cubría la ventana abierta, oía el zumbido de los insectos. Y a lo lejos, oí un chillido, el grito de algún animal.

«¿Cómo puedo ayudar a encontrar a tía Benna? —me preguntaba mientras miraba el techo a oscuras y escuchaba aquellos extraños ruidos—. ¿Qué puedo hacer?».

Intenté recordarla. Intenté recordar su visita a casa cuando yo tenía cuatro años.

Me imaginé a una mujer morena y bajita, rechoncha como yo, con un sonrosado rostro redondo en el que brillaban unos penetrantes ojos oscuros.

Recordaba que hablaba muy deprisa. Tenía la voz bastante vibrante y daba la impresión de que siempre estaba entusiasmada. Muy entusiasmada.

Y recordaba…

Nada más.

Eso era todo lo que podía recordar sobre mi tía.

¿Me transmitió la magia de la selva? No. No me acordaba de nada relacionado con eso.

Me pregunto: ¿cómo se transmite magia a alguien?

No dejaba de darle vueltas y más vueltas.

Me esforcé por recordar más cosas de cuando nos vino a ver, pero fue en vano.

Carolyn y el doctor Hawlings habían cometido un terrible error. «Se lo diré por la mañana —decidí—. Les diré que se han equivocado de chico».

«Un terrible error…». Las palabras se repetían en mi mente.

Me senté en la cama. No conseguía dormir ni a tiros. Todas aquellas reflexiones me habían desvelado.

Decidí dar un paseo por las inmediaciones del campamento. A lo mejor me iba a explorar la zona donde los árboles se espesaban y empezaba la selva.

Me acerqué silencioso a la tela mosquitera de la entrada y asomé la cabeza. Mi barraca era la última de la fila. Desde la puerta, veía las demás. Todas estaban a oscuras. Kareen, Carolyn y el doctor Hawlings se habían ido a dormir.

Caииии, caииии. El extraño grito se repetía en la lejanía. Una suave brisa meció la hierba. Las hojas se estremecieron y crepitaron casi imperceptiblemente.

Llevaba una ancha camiseta de deporte muy larga que me tapaba los pantalones cortos. No hacía falta que me vistiera, decidí. «No hay nadie más despierto. Además, sólo voy a dar una vuelta».

Me puse las sandalias. Aparté la tela mosquitera y salí.

Caииии, caииии. El grito se oyó un poco más cerca.

El aire nocturno era caliente y húmedo, casi tan cálido como durante el día. El vapor de agua se había condensado y mis sandalias resbalaban en la hierba mojada, que me hacía cosquillas en los pies.

Dejé atrás las silenciosas y oscuras barracas. A mi derecha, los árboles se inclinaban y se mecían. Sombras negras contra un cielo púrpura. Aquella noche no había luna ni estrellas.

«A lo mejor, dar un paseo no es tan buena idea» —me dije—. A lo mejor está demasiado oscuro.

«Necesito una linterna», concluí. Recordé la advertencia que Carolyn me había hecho antes, cuando me enseñó dónde iba a dormir: «No salgas nunca por la noche sin linterna. Por la noche nosotros ya no somos los dueños y los animales campan por sus respetos».

La parte de atrás del laboratorio se erguía ante mí. Decidí dar media vuelta. De pronto me di cuenta de que no estaba solo.

En la oscuridad, vi dos t) jos que me devolvían la mirada.

Sofoqué un grito. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Aguzando la vista en la noche púrpura, vislumbré otro par de ojos.

Y luego otro, y otro.
Ojos oscuros que me miraban inmóviles, sin parpadear.
Ojos oscuros, unos encima de los otros.
Me quedé petrificado. Era incapaz de moverme.
Sabía que estaba atrapado. Eran demasiados. Demasiados.



Me temblaban las piernas y los escalofríos me recorrían el espinazo. Mientras los miraba, aquellos pares de ojos oscuros empezaron a brillar.

Cada vez con más intensidad.

A la luz dorada, vi que no eran los ojos de ninguna criatura.

No eran los ojos de ningún animal.

Eran ojos humanos.

¡Estaba ante los ojos luminosos de un centenar de cabezas reducidas!

Un montón de cabezas reducidas apiladas. Ojos encima de más ojos. Cabezas del tamaño de puños, bocas torcidas en un gruñido o abiertas en una desdentada mueca de terror.

Cabezas encima de más cabezas. Lóbregas, arrugadas y correosas, espeluznantes a la luz gélida que irradiaban sus ojos.

Articulé un grito ahogado y puse pies en polvorosa.

Notaba las piernas débiles, como de goma. El corazón me latía con violencia. Rodeé el laboratorio corriendo; el resplandor amarillo fue borrándose poco a poco de mis ojos. Corrí todo lo que pude hacia la puerta a oscuras, hacia la tela mosquitera.

Casi sin aliento, abrí la puerta y entré de un salto.

Apreté la espalda contra la pared y esperé. Esperé a que el espeluznante resplandor se desvaneciera completamente. Esperé a que mi corazón se serenara, a respirar con absoluta normalidad.

Después de un par de minutos, empecé a sentirme un poco más calmado.

«Esas cabezas —me pregunté—, ¿por qué las tienen ahí amontonadas?».

Sacudí la cabeza con energía, intentando alejar su horrible imagen. Me di cuenta de que, en otro tiempo, todas habían sido personas. Hacía cientos de años, todas habían sido personas.

Y ahora…

Tragué saliva, pero tenía un nudo en la garganta.

Me dirigí a la nevera. «Necesito beber algo frío», me dije. Tropecé con la esquina de la mesa de laboratorio.

Braceé en el aire y tiré algo. Lo cogí antes de que cayera al suelo.

Una linterna.

—¡Bien! —grité animado.

«A partir de ahora voy a hacer caso a Carolyn —me prometí—. No volveré a salir sin linterna».

Apreté el botón y un haz de luz blanca barrió el suelo. Al levantar la linterna, la luz alumbró el estante de libros que había en la pared y los cuadernos negros de tía Benna. Estaban apilados en un alto montón que casi llenaba todo el estante.

Me dirigí al mueble con decisión. Con la mano libre, cogí el cuaderno de arriba. Pesaba más de lo que pensaba y por poco se me cae al suelo.

Aferrándolo con fuerza, lo llevé a la mesa de laboratorio. Me encaramé al alto taburete y lo abrí.

«A lo mejor aquí encuentro algunas respuestas —pensé—. A lo mejor encuentro la parte en que tía Benna habla de transmitirme la magia de la selva. A lo mejor averiguo por qué el doctor Hawlings y Carolyn creen que yo tengo la magia».

Me incliné sobre el cuaderno y enfoqué las páginas con la linterna. Luego empecé a hojearlo, una página tras otra, entornando los ojos para habituarme a la luz.

Afortunadamente, mi tía Benna tenía la letra grande y de trazo firme, muy clara y fácil de leer.

Las páginas parecían estar organizadas por años. Seguí pasando páginas, leyéndolas por encima, hasta que llegué al año de su visita.

Mis ojos recorrieron un largo apartado sobre una especie de lagarto arbóreo que tía Benna estaba estudiando.

Luego describía una cueva que había descubierto, horadada en el litoral rocoso de la otra parte de la isla. En aquella cueva, escribía, habían habitado los oloya, hacía tal vez cientos de años.

Hojeé largas listas de objetos que tía Benna había encontrado en la cueva. Aquí, su letra se volvía muy picuda y retorcida. Supongo que estaba emocionadísima con su descubrimiento.

Pasé unas cuantas páginas más y empecé un apartado titulado «Verano».

Al leer aquellas palabras, me quedé boquiabierto. Los ojos casi se me salieron de las órbitas.

Las palabras empezaron a emborronarse. Acerqué la linterna a la página para verlas mejor. Parpadeé varias veces.

No quería creer lo que estaba leyendo.

No quería creer lo que tía Benna había escrito, pero las palabras estaban ahí. Eran aterradoras.

12

La linterna me temblaba en la mano. La sujeté con ambas manos. Luego me incliné sobre el cuaderno y leí las palabras de tía Benna, moviendo los labios en silencio.

«El doctor Hawlings y su hermana Carolyn no se detendrán ante nada para destruir la selva y todas las criaturas que habitan en ella —había escrito mi tía con su letra clara y enérgica—. No les importa a quién hacen daño ni a quién matan. Sólo les interesa cumplir sus propósitos».

Tragué saliva. Enfoqué el círculo de luz sobre la página del cuaderno y seguí leyendo.

«Desvelar el secreto de la magia de la selva en aquella cueva ha sido el más extraordinario de mis descubrimientos —había escrito tía Benna—. Sin embargo, sé que el secreto corre peligro mientras el doctor Hawlings y Carolyn sigan aquí. Usarán la magia de la selva para hacer el mal, por eso he entregado la magia y los secretos de la selva a mi sobrino Mark. Vive a seis mil kilómetros de aquí, en Estados Unidos. De esta forma, espero que el secreto esté a salvo.

»Si la magia de la selva llega a caer en manos de Hawlings —continuaba mi tía—, la selva será destruida. La isla de Baladora será destruida, y yo con ella».

Ahogué un grito y volví la página. Me esforcé por mantener la linterna quieta para poder seguir leyendo.

«Si Hawlings consigue la magia de la selva —proseguía el escrito de Benna—, me reducirá la cabeza hasta que no quede ni rastro de mí. Debo mantener a mi sobrino a seis mil kilómetros de Hawlings

porque es capaz de reducirle también la cabeza a Mark para acceder a la magia que yo escondí en ella».

—¡Ohhhhhhh! —De mi garganta salió un gemido de horror.

¿Reducirme la cabeza?

«¿El doctor Hawlings va a reducirme la cabeza?».

Releí las últimas palabras: «Debo mantener a mi sobrino a seis mil kilómetros…».

«¡Pero yo no estoy a seis mil kilómetros! —me dije—. Estoy aquí. ¡Justo aquí!».

Carolyn me había traído para robarme la magia, para arrebatármela. ¡Ella y el doctor Hawlings planeaban reducirme la cabeza!

Cerré el cuaderno de golpe. Respiré hondo y contuve la respiración, pero no conseguí calmar las palpitaciones de mi corazón.

«¿Qué le han hecho a tía Benna?», me pregunté.

¿Habían intentado arrebatarle el secreto? ¿Le habían hecho algo horrible?

¿O había logrado huir? ¿Se había escapado?

¿Me habían traído allí para localizarla y poder capturarla de nuevo? Entonces, cuando la encontrara, ¿pretendían reducirnos la cabeza a los dos?

—Noooooo —murmuré, intentando contener el temblor de mi cuerpo.

Creía que eran mis amigos. Mis amigos…

«Pero aquí no estoy a salvo —me dije—. Corro un terrible peligro.

»Tengo que huir. Vestirme y huir de esta gente malvada tan deprisa como pueda».

Me deslicé del taburete, di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

«Tengo que salir. Tengo que huir».

Iba repitiendo mentalmente estas palabras siguiendo el ritmo de los latidos de mi corazón.

Llegué a la puerta. Empecé a abrirla.

Pero había alguien fuera, de pie entre las negras sombras, impidiéndome la huida.

—¿Adónde crees que vas? —dijo una voz.

13

Kareen abrió la puerta y entró en la habitación. Llevaba una camiseta enorme que le llegaba por debajo de las rodillas. El pelo rubio le caía desordenado por la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—¡Déjame! —grité. Alcé la linterna como un arma.

Dio un paso atrás.

—¡Eh…! —gritó sorprendida.

—Tengo que irme —anuncié, apartándola al pasar.

—Mark, ¿qué te pasa? —se extrañó—. ¡Estás como loco!

Me detuve con la puerta a medio abrir, apoyando el hombro en el quicio.

—He visto el cuaderno de tía Benna —le dije a Kareen, enfocando el haz de la linterna en su rostro—. He leído lo que pensaba tía Benna acerca de Carolyn y de tu padre.

Oh. —Kareen exhaló un largo suspiro.

Seguí enfocándole el rostro con la linterna. Me miró entornando los ojos, luego se los tapó con el brazo.

—¿Dónde está mi tía? —pregunté bruscamente—. ¿Sabes dónde está?

—No —respondió Kareen—. Oye, baja la linterna. Con esta luz no veo nada.

Hice lo que me pidió.

—¿Le hizo tu padre algo malo a mi tía? ¿Le hizo daño a tía Benna?

—¡No! —gritó Kareen—. ¿Cómo puedes preguntarme una cosa

así, Mark? Mi padre no es malo. Es sólo que él y Benna no están de acuerdo en algunas cosas.

—¿Seguro que no sabes dónde está mi tía? ¿Se está escondiendo en algún sitio? ¿Se esconde de tu padre? ¿Sigue en la isla? —Las preguntas me salían a borbotones. Quería coger a Kareen y obligarle a decirme la verdad.

Se estiraba el pelo rubio por los dos lados.

—No sabemos dónde está tu tía, de verdad —insistió—. Por eso te trajo Carolyn, para que nos ayudaras a encontrarla. Estamos preocupados por Benna. Tienes que creerme.

—¡Mentira! —grité enojado—. He leído el cuaderno de mi tía. Tu padre no está preocupado por mi tía.

—Bueno, pues yo sí —insistió Kareen—. Aprecio mucho a tu tía. Se ha portado muy bien conmigo. Me importan un pito papá y tía Carolyn y sus discusiones con Benna. Estoy preocupada por Benna. En serio.

Volví a alzar la linterna. Quería observar la expresión de Kareen. Quería ver si estaba diciendo la verdad.

Sus ojos azules centellearon cuando los iluminé. Vi que una lágrima le rodaba por la mejilla y decidí que estaba siendo sincera conmigo.

—Bueno, si estás preocupada por mi tía, ayúdame a escapar de aquí —dije, bajando otra vez la linterna.

—Vale, te ayudaré —respondió enseguida, sin pensárselo dos veces.

Abrí la puerta y salí con cautela. Kareen me siguió. Cerró la puerta a sus espaldas sin hacer ruido.

—Apaga la luz —susurró—. No querrás que papá o Carolyn nos vean, ¿verdad?

Apagué la linterna y empecé a andar por la hierba mojada hacia mi barraca, con paso decidido. Kareen se apresuró para no quedarse atrás.

Voy a vestirme —susurré—. Luego intentaré encontrar a tía Benna. —Un escalofrío me recorrió la espalda—. Pero ¿cómo? ¿Adónde iré?

—Usa la magia de la selva —susurró Ka-reen—. Te dirá dónde está Benna y adónde tienes que ir.

—¡Pero no puedo! —grité con voz estridenteˆ—. Hasta hoy, ni siquiera sabía que tuviera alguna magia. Todavía no estoy convencido del todo.

—Usa la magia —dijo Kareen, entornando los ojos.

—¡Pero no sé cómo! —insistí.

—La magia te guiará —respondió—. Seguro. Seguro que te indicará el camino.

Yo no estaba tan convencido, pero no dije nada.

La cabeza me daba vueltas. Las palabras que tía Berma había escrito se agolpaban en mi mente.

«Debería estar a seis mil kilómetros de distancia —me dije—. Sólo estaré a salvo a seis mil kilómetros de distancia.

»Pero ¿cómo voy a escaparme del doctor Hawlings y de Carolyn? ¿Cómo?».

Avanzábamos a grandes zancadas a lo largo de la hilera de barracas. El aire aún era caliente y húmedo, denso. El cielo se había vuelto negro. Aún no había estrellas, ni luna.

«Me vestiré y me iré», resolví.

Vestirme. Irme.

—Date prisa, Mark —susurró Kareen a mi lado—. Date prisa y no hagas ruido. Papá tiene el sueño muy ligero.

Vi mi choza al final de la hilera.

Pero antes de alcanzarla, oí el ruido amortiguado de pasos sobre la hierba. Pasos apresurados.

Kareen ahogó un grito y me cogió del brazo.

—¡Oh, no! ¡Es él!

14

Creo que pegué un salto de un palmo de altura.

¿Debía echar a correr inmediatamente? ¿Intentar esconderme?

Si estuviera jugando una partida del *Rey de la selva*, sabría exactamente cuáles tenían que ser mis movimientos. Sabría cómo escapar del científico loco. Me cogería a una liana, me izaría a un árbol para ponerme a salvo y acumularía unas cuantas vidas extra por el camino.

Pero, claro, aquello no era ningún juego.

Me pegué a la pared de la choza y me quedé petrificado, preparándome para mi captura.

Los pasos apresurados se acercaron.

Contuve la respiración, pero el corazón aún me latía desbocado.

Contuve la respiración y vislumbré un extraño animal que salía de un salto de entre las sombras.

No era el doctor Hawlings, sino un conejo muy raro, con unas orejas enormes y unas patazas que retumbaban en el suelo a cada salto.

Vi que la extraña criatura se alejaba veloz y acabó desapareciendo entre dos de las chozas.

—¿Es un conejo?

Kareen se llevó un dedo a los labios, recordándome que no debía hacer ruido.

—Es una nueva especie de conejo gigante que ha descubierto tu tía.

—Muy educativo —murmuré—. ¡Para clases de ciencias estoy

yo!

Kareen me empujó por los hombros hasta la puerta de mi choza.

—Date prisa, Mark. Si papá se despierta… —No acabó la frase.

«Si papá se despierta, me reducirá la cabeza», completé mentalmente la frase.

De repente, noté que las piernas me empezaban a flaquear, pero me obligué a entrar en la oscura choza.

Las manos me temblaban tanto que apenas fui capaz de vestirme. Me puse los tejanos que había llevado durante el día y una camiseta de manga larga.

¡Date prisa! —susurró Kareen desde la puerta—. ¡Date prisa!

Deseé que se callara, porque aún me estaba poniendo más nervioso.

—¡Date prisa, Mark! —machacó. Abrí mi maleta y cogí la linterna que había traído. Luego me dirigí a la puerta.

—¡Vamos, Mark, no te duermas! —susurró Kareen.

Me detuve a medio camino. Cogí la cabeza reducida y me la metí en el bolsillo de la camiseta. Luego abrí la puerta y salí.

¿Adónde debía dirigirme? ¿Qué debía hacer? ¿Cómo encontraría a mi tía?

Un millón de preguntas se agolparon en mi mente. Tenía la garganta seca, me dolía. Pensé en coger una Coca-Cola fría del laboratorio. Pero sabía que no podía arriesgarme a despertar al padre de Kareen.

Empezamos a andar por la hierba mojada.

—No enciendas la linterna hasta que lleguemos a los árboles —me instruyó Kareen.

—Pero ¿adónde voy a ir? ¿Cómo encontraré a tía Benna? —susurré, tragando saliva.

—Sólo hay un sendero —dijo Kareen, señalando la oscura maraña de árboles en las márgenes del claro—. Te guiará parte del camino.

—¿Y luego, qué? —pregunté con voz temblorosa.

Nos miramos a los ojos.

—La magia de la selva te guiará el resto del camino.

«Sí, claro. Y la semana que viene, extenderé los brazos y me iré volando a la luna».

Estuve a punto de dar media vuelta y volver a mi pequeña choza, acostarme y fingir que nunca había leído el cuaderno de mi tía.

Pero entonces Kareen y yo pasamos junto al gran montón de cabezas reducidas. Parecían tener sus ojos sin brillo clavados en mí, unos ojos de una tristeza infinita.

«No quiero que mi cabeza acabe en ese montón —decidí—. ¡De ninguna manera!».

Empecé a correr hacia los árboles. Kareen se apresuró para alcanzarme.

—¡Buena suerte, Mark! —me dijo en voz baja.

—Gr-gracias —tartamudeé. Entonces me detuve y me volví hacia ella—. ¿Qué vas a decirle a tu padre por la mañana?

Kareen se encogió de hombros. El viento le echó el pelo rubio en la cara.

—Pues nada. Le diré que he dormido como un tronco, que no he oído nada.

Gracias —repetí. Luego cogí la linterna con firmeza y me interné corriendo entre los árboles.

El sendero era blando y arenoso. Notaba la arena húmeda en las sandalias. De los lados salían lianas y grandes hojas planas que restallaban contra mis tejanos al pasar corriendo.

Altos hierbajos iban invadiendo el sendero. Después de un par de minutos, la oscuridad era tan intensa que no se veía ni torta. ¿Me había salido del sendero?

Encendí la linterna y enfoqué el suelo.

El haz de luz alumbró altos hierbajos, extraños helechos, zarcillos de lianas. Los árboles parecían inclinarse hacia mí, intentando atraparme con sus lisas ramas.

Ni rastro del sendero.

«Aquí estoy —pensé, escrutando el haz de luz blanca—. Aquí estoy, solo en la selva.

»Y ahora, ¿qué hago?».

15

—¡Ay!

Me aplasté un mosquito en el cuello. Demasiado tarde. Había notado la picadura.

Rascándome el cuello, di unos cuantos pasos entre los altos hierbajos. Enfocaba el círculo de luz delante de mis pies.

Autá. Autá.

Un grito estridente, muy cercano, detuvo mi avance.

«En la selva, la noche pertenece a los animales», recordé con un estremecimiento.

Autá. Autá.

¿Qué diantres era?

Un conejo gigante, no. Por el ruido, debía de ser enorme.

Giré la linterna en círculo, enfocando la hierba y las lianas. Los lisos troncos de los árboles adquirieron un resplandor púrpura a la tenue luz de la linterna.

No vi ningún animal.

Bajé la linterna.

Yo temblaba como una hoja. A pesar del calor húmedo de la noche, no podía controlar mis temblores.

Una ráfaga de aire agitó las hojas, meció los árboles y arrancó crujidos de las ramas.

Me di cuenta de que la selva estaba viva.

Los insectos zumbaban a mi alrededor. Las carnosas hojas arañaban y crujían. Oí el silencioso roce de animales que corrían por el suelo.

Autá. Autá.

¿Qué diantres era aquello?

Sin darme cuenta, había pegado la espalda a un árbol de poca altura. Respiré hondo y contuve la respiración, aguzando el oído.

¿Se estaba acercando el animal?

De las ramas más bajas, colgaban apretados manojos de hojas que formaban una especie de cueva. «Aquí debajo estoy protegido», pensé, mirando a mi alrededor. De repente, me sentía un poco más seguro, oculto debajo de aquel follaje tan espeso, al abrigo de las ramas bajas.

A través del techo de hojas, vislumbré una rendija de blanca luz de luna, que arrancaba a las hojas un resplandor plateado.

Apagué la linterna y me dejé resbalar hasta quedarme sentado en el suelo. Apoyándome en el liso tronco, observé la luna, respirando lenta y rítmicamente.

En cuanto me sentí más calmado, me di cuenta de lo cansado que estaba. El sueño me envolvió como una pesada manta. Bostecé ruidosamente. Notaba como si los párpados me pesaran una tonelada.

Intenté mantenerme despierto, pero el sueño me vencía.

Acunado por el zumbido de los insectos, apoyé la cabeza en el tronco y me quedé profundamente dormido.

Soñé con cabezas reducidas.

Docenas de cabezas reducidas, con la piel reseca de color púrpura y verde, con ojos negros que resplandecían como oscuras brasas, con negros labios resecos que se torcían en una mueca de ira.

En mi sueño, las cabezas flotaban y danzaban. Iban de aquí para allá como pelotas de tenis. Volaban hacia mí, me rebotaban en el pecho, me daban en la cabeza, pero yo no las notaba.

Brincaban y flotaban. Y entonces, los labios resecos se abrían y empezaban todas a cantar: «Date prisa, Mark. Date prisa», canturreaban.

Las palabras salían roncas y rasposas, como el viento que remueve la hojarasca.

«Date prisa, Mark. Date prisa». Un cántico horrible y aterrador.

«Date prisa, Mark. Date prisa».

Los labios negros se torcían en una mueca burlona mientras cantaban. Los ojos resplandecían. Las cabezas —docenas de cabezas resecas y correosas— danzaban y brincaban.

Me desperté oyendo todavía aquellas palabras susurradas a media voz.

Parpadeé. La luz grisácea de la mañana se filtraba entre las hojas de los árboles. Me dolía la espalda. Tenía la ropa húmeda.

Tardé unos cuantos segundos en acordarme de dónde estaba.

El espeluznante sueño no se había desvanecido. Me llevé la mano al bolsillo de la camiseta. Noté el bulto de la cabeza reducida. Me picaba la cara.

Me rasqué la mejilla y me quité algo. ¿Una hoja?

No.

Miré el insecto que tenía en la mano. Una hormiga roja muy grande. Casi del tamaño de un saltamontes.

—¡Puaj! —La tiré.

Sentí un hormigueo en la piel. La espalda me picaba. Algo me subía y me bajaba por las piernas.

Me incorporé de un brinco y me desperté de golpe y porrazo.

La comezón me volvía loco; me picaba todo el cuerpo.

Me miré los tejanos y la camiseta y empecé a gritar.

16

Me puse en pie de un salto. Agité los brazos en el aire. Di patadas en el vacío.

Tenía el cuerpo cubierto de hormigas rojas gigantes.

Cientos y cientos de hormigas me subían por los brazos, las piernas, el pecho.

Sus patas puntiagudas me arañaban la garganta y la nuca. Me quité una grandísima de la frente y luego otra de la mejilla.

Me palpé más arriba y noté que me corrían por el pelo.

—¡Ohhhh! —De mi garganta salió un ronco gemido cuando empecé a sacudirme el pelo y las enormes hormigas rojas cayeron al suelo. Tenía las manos cubiertas de multitud de ellas.

Caí de rodillas y me di manotazos en el pecho para quitarme los insectos del cuello. Empecé a rodar frenéticamente por la hierba, mojada por el rocío.

Rodé y me sacudí las hormigas. Rodé y rodé, intentando aplastar los insectos, intentando echarlos de mis piernas. Cogí otro buen puñado de mi pelo y los arrojé a un frondoso arbusto.

Me puse en pie con dificultad, retorciéndome y arqueándome, quitándome las enormes hormigas rojas.

Pero eran demasiadas. La piel me picaba y me escocía. Sus diminutas patas hormigueaban por mis brazos, mis piernas, mi pecho.

El picor era tan intenso que apenas podía respirar.

«Me estoy asfixiando —me dije—. ¡Las hormigas van a ahogarme!».

—¡Kaliá! —grité, retorciéndome y sacudiéndome el cuerpo—. ¡Kaliá!

Para mi sorpresa, las hormigas empezaron a despegarse de mi cuerpo.

—¡Kaliá! —volví a gritar.

Las hormigas cayeron al suelo a montones. Saltaban de mi pelo, se escurrían desde mi frente, desde la pechera de mi camiseta.

Las miré estupefacto mientras caían al suelo. Luego se escabulleron, subiéndose unas encima de las otras, huyendo en desbandada por la hierba.

Me froté el cuello y las piernas. El cuerpo entero seguía picándome, aún sentía la comezón por todas partes.

Pero las enormes hormigas se habían ido. Todas habían huido cuando yo había gritado mi palabra especial.

Mi palabra especial.

Me miré la camiseta, rascándome para aliviar el horrible picor. En el bolsillo, los ojos de la cabeza reducida brillaban con un intenso resplandor amarillo.

—¡Caramba! —Cogí la cabeza y la saqué del bolsillo. La sostuve frente a mí—. ¡Kaliá! —grité.

Los ojos brillaron con más intensidad.

Mi palabra especial.

¿De dónde procedía aquella palabra? No lo sabía. Creía que me la había inventado, pero de repente comprendí que la palabra era el secreto de la magia de la selva.

La palabra… y la cabeza reducida.

De alguna forma, la palabra había reavivado la magia de la selva. Cuando la pronuncié, las hormigas saltaron y salieron huyendo en desbandada.

Observé la pequeña cabeza con nuevos ojos. El corazón me latía desbocado. Me concentré en la cabeza, meditando profundamente.

Sí. Poseía la magia de la selva.

El doctor Hawlings y Carolyn tenían razón.

Aunque yo no lo supiera, poseía la magia de la selva. La palabra «Kaliá» era la clave que desentrañaba el secreto. Me había ayudado a librarme de las enormes hormigas rojas. ¿Me ayudaría a encontrar a tía Benna?

—¡Si! —grité—. ¡Si!

Sabía que lo haría. Ahora, sabía que podía encontrarla.

La selva y sus criaturas ya no me daban miedo. Nada que pudiera acechar en aquella selva calurosa y enmarañada me producía ningún miedo.

Poseía la magia de la selva. La poseía y sabía cómo usarla.

Ahora, tema que encontrar a tía Benna.

Un rojo sol matinal surgió tras las copas de los árboles. El aire ya era caliente y húmedo. Los pájaros gorjeaban y piaban en las ramas de los árboles.

Con la linterna en una mano y la cabeza reducida en la otra, empecé a correr hacia el sol.

«Estoy yendo hacia el este —me dije—. El sol sale por el este».

¿Era la dirección correcta para encontrar a mi tía?

Sí. Estaba seguro de que no me equivocaba. «La magia de la selva me guiará —decidí—. Sólo tengo que seguirla y me llevará hasta tía Benna».

Pasé corriendo por marañas de carnosas lianas y espesa maleza. Me agaché para sortear lisas ramas de árbol blancas. Las anchas hojas de inmensos helechos verdes restallaban a mi paso.

El sol me dio de lleno en la cara al atravesar un ancho claro de arena. El sudor me resbalaba por la frente.

—¡Eh…!—grité cuando mis pies se hundieron en la suave arena.

Resbalé y perdí el equilibrio. Para no caer, braceé en el aire.

La linterna y la cabeza reducida cayeron en la arena.

—¡Eh…!

Empecé a hundirme.

La arena me apresaba fuertemente los tobillos, las piernas.

Agité los pies. Braceé como un loco.

Me puse de rodillas para intentar salir de la arena, pero me hundía cada vez más deprisa.

La arena ya me llegaba a la cintura.

Era increíble. Cuanto más me movía, más deprisa me hundía en aquella ciénaga de arenas movedizas.

17

No podía mover las piernas. Estaba demasiado hundido en la arena caliente y húmeda.

La arena me llegaba hasta la cintura.

«Esto no tiene fondo —pensé—. Voy a seguir hundiéndome hasta que me cubra la cabeza, y desapareceré para siempre».

Mis amigos Eric y Joel me contaron que las arenas movedizas no existen. Ahora deseaba que hubieran tenido razón. ¡Yo podría demostrarles lo equivocados que estaban!

Abrí la boca para pedir socorro, pero estaba demasiado aterrorizado para articular ningún sonido: sólo me salió un chillido agudo.

«¿De qué me servirá gritar? —me pregunté—. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Nadie va a oírme».

La arena se espesaba y endurecía a medida que me hundía más y más. Alcé los brazos, abriendo y cerrando las manos, como si intentara agarrarme a algo.

Probé a mover las piernas. Intenté impulsarme con ellas, como si nadara o pedaleara en una bicicleta, pero la arena era demasiado espesa y profunda.

Ahora, respiraba agitadamente presa del terror. Aspiraba el aire a grandes bocanadas.

Abrí la boca una vez más para pedir ayuda y se me ocurrió una idea.

—¡Kaliá! —grité con voz aguda y atemorizada—. ¡Kaliá!

No pasó nada.

18

—¡Kaliá! —grité a pleno pulmón, pero no sirvió de nada: seguí hundiéndome más y más en aquella ciénaga de arena húmeda—— ¡Kaliá!

Nada.

Braceé en el aire y alcé los ojos hacia el pálido cielo azul, hacia los árboles que se erguían al final del claro.

Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que árboles.

No había nadie que pudiera ayudarme.

—¡Oh! —De repente me di cuenta de por qué la palabra mágica no surtía efecto. No tenía la cabeza reducida—. Se me había caído al resbalar en las arenas movedizas.

¿Dónde estaba? ¿Dónde?

¿Se había hundido en la arena?

Frenéticamente, recorrí con la mirada la superficie pardoamarillenta. La arena húmeda burbujeaba a mi alrededor como una sopa espesa.

Seguí hundiéndome y de pronto vi la cabeza reducida.

Estaba en la superficie. Los ojos negros miraban al cielo. Tenía el pelo enmarañado, esparcido sobre la arena.

Con un grito de emoción, alargué las manos e intenté cogerla.

No. Estaba demasiado lejos, justo varios centímetros fuera de mi alcance.

—¡Mmmrnmm! —gruñí roncamente mientras luchaba por alcanzarla.

Alargué los brazos cuanto pude y me incliné hacia delante en la

arena, estirando el cuerpo para intentar alcanzarla. Lo intenté, cerrando la mano, dando manotazos en el aire sobre la arena mojada.

Pero no sirvió de nada.

No podía cogerla. La cabeza estaba a un palmo de las yemas de mis dedos.

Un palmo que me pareció un kilómetro.

Imposible. Imposible.

Los dedos sólo asían el aire. No podía alcanzarla. Me di por vencido.

Dejé caer las manos pesadamente en la arena mojada y exhalé un suspiro de derrota.

19

Las manos chapotearon sonoramente en la arena y la cabeza dio un salto.

—¿Eh? —grité sorprendido. El corazón me dio un brinco.

Volví a golpear la arena mojada con las dos manos y la cabeza avanzó en mi dirección. Otra vehemente palmada: otro salto.

Ahora, la cabeza estaba sólo a unos pocos centímetros.

Por fin logré cogerla, la agarré con fuerza y pronuncié alegremente la palabra mágica.

—¡Kaliá!

Al principio, no pasó nada. Se me entrecortó la respiración. Me quedé petrificado.

—¡Kaliá! ¡Kaliá!

Creía que iba a salir volando, que me iban a sacar de aquella ciénaga, que me desplazaría flotando mágicamente hasta tierra firme.

—Magia de la selva, ¡actúa! ¡Por favor, actúa! —grité desesperado.

Pero no me moví. Al contrario, me hundí un poco más. La arena ya me llegaba a la altura del pecho.

Miré la cabeza reducida que sostenía en la mano. Parecía que los ojos negros me devolvían la mirada.

—¡Ayúdame! —exclamé—. ¿Por qué no me ayudas?

De pronto descubrí las lianas.

Unas lianas de color verde amarillento que avanzaban por la superficie de la ciénaga, desplazándose como largas serpientes. Una

docena de lianas que se retorcían y reptaban, acercándose desde todas las direcciones.

El corazón empezó a latirme con violencia cuando vi que las lianas se acercaban más y más. Por fin alargué la mano libre para cogerme a una de ellas.

Pero la liana pasó de largo, avanzando con una rapidez y una fuerza sorprendentes. Se enroscó en mi pecho y empezó a apretar.

—¡No! —protesté. ¿Acaso iba a estrangularme?

Otra liana se hundió en la arena. Noté que se me enroscaba en la cintura. —¡No, alto!— gemí.

Las lianas se ciñeron a mi cuerpo y luego empezaron a tirar.

La arena mojada hizo un ruido de succión cuando empezaron a arrastrarme.

Sujetando la cabeza reducida fuera de la arena, dejé que las lianas me remolcaran. Tiraban con fuerza y rapidez. La arena salía despedida a ambos lados.

Al cabo de unos segundos, las lianas me depositaron, de rodillas, en tierra firme. Solté un grito de alivio y felicidad. Las lianas me soltaron instantáneamente. Las vi retirarse, enroscándose deprisa en el seno de la alta hierba.

Me quedé sentado, esforzándome por recobrar el aliento, mirando las lianas hasta que desaparecieron de mi vista. Luego me puse en pie.

Sentía las piernas débiles y las rodillas me temblaban por el mal trago que había pasado.

Pero no me importaba. Tenía ganas de dar saltos, dar palmas y gritos de alegría. La magia de la selva había actuado. ¡La magia de la selva había vuelto a salvarme!

Tenía arena pegada en los tejanos, la camiseta, los brazos, ¡incluso en el pelo! Me sacudí con furia. Me guardé la cabeza reducida en el bolsillo de mi camiseta. Luego empecé a sacudirme la ropa, quitándome grumos de arena.

«¿Ahora qué?», me pregunté, echando una rápida ojeada a mi alrededor. El sol estaba muy alto en el cielo. Los árboles, los helechos y la hierba resplandecían; sus tonos dorados y verdes se fundían en un trémulo resplandor. El aire era más caliente.

La camiseta se me pegaba a la espalda.

«¿Ahora qué? ¿Cómo podré encontrar a tía Benna?».

Saqué la cabeza reducida del bolsillo y la puse frente a mí.

—Guíame —le ordené.

No pasó nada.

Quité grumos de arena de su piel apergaminada. Saqué la arena que se había incrustado en sus delgados labios negros.

Me volví hacia el sol y avancé unos cuantos pasos. ¿Iba aún hacia el este?

Para mi sorpresa, los oscuros ojos de la cabeza reducida empezaron a brillar de repente.

¿Qué significaba aquello? ¿Significaba que me estaba acercando a tía Benna? ¿Significaba que iba en la dirección correcta?

Decidí comprobarlo.

Giré sobre mis talones y empecé a andar hacia la ciénaga: los ojos se apagaron instantáneamente.

Me di la vuelta y empecé a andar hacia el norte. Los ojos seguían sin luz.

Me volví en la dirección del sol.

¡Sí! Los ojos volvían a brillar.

—¡Kaliá! —exclamé alegremente. La cabeza me estaba guiando hacia mi tía.

Los animales aullaban y los insectos zumbaban ruidosamente mientras me abría camino entre los árboles y las altas hierbas. Ahora, todo me sonaba a música celestial.

—¡Tía Benna, allá voy! —grité animado.

Me encontré internándome cada vez más en la selva. Tenía que agachar la cabeza continuamente para evitar las ramas y las gruesas lianas que se extendían entre árbol y árbol.

Sobre mi cabeza, oía extraños chillidos de aves, como si los animales estuvieran hablando entre ellos. Al agacharme para sortear una rama baja, pareció que el árbol entero se ponía a temblar. Un millar de pájaros emergieron de entre sus ramas, graznando irritados, tantos que oscurecieron el cielo al alzar el vuelo.

De repente, llegué a un pequeño claro desde el que partían dos senderos: uno hacia la izquierda, el otro hacia la derecha. ¿Por dónde tenía que ir?

Sostuve la cabeza reducida delante de mí, observándola con atención. Me dirigí hacia la izquierda.

Los ojos se apagaron. No era por ahí.

Me volví y me dirigí hacia la derecha y vi que los ojos volvían a brillar.

¿Estaba tía Benna oculta entre aquellos árboles? ¿Me iba acercando?

De pronto me encontré en otro claro de hierba. Entorné los ojos para protegerme del sol y recorrí con la mirada la hierba verde.

Un gruñido ronco me hizo correr hacia los árboles.

—¡Oh…! —grité cuando vi al tigre. Por poco me desmayo del susto.

El tigre alzó la cabeza y rugió amenazadoramente. Levantó los belfos, enseñándome unos dientes enormes. Arqueó el lomo con el pelaje amarillo y negro totalmente erizado.

Luego, dando un furioso bufido, arremetió contra mí.

20

Las patazas del tigre retumbaban en la hierba. Sus ojos amarillos me fulminaban.

Detrás del enorme animal, dos cachorritos se acurrucaban a la sombra de un árbol.

—¡No voy a hacer ningún daño a tus cachorros! —quise gritar, pero naturalmente no me dio tiempo.

El tigre embistió con un rugido de furia que ahogó mi grito. Con mano temblorosa, alcé la cabeza reducida frente a mí.

—¡Kaliá!

La voz me salió como un quejido.

Casi se me cae la cabeza al suelo. Me fallaron las piernas y caí de rodillas sobre la hierba.

El tigre se acercaba para atacarme. Las patas retumbaron pesadamente en el suelo cuando saltó hacia mí.

Me pareció que todo empezaba a temblar.

¡El suelo estaba temblando!

Horrorizado, oí un ruido ensordecedor y desgarrador, como cuando separan dos cintas de velero, pero muchísimo más fuerte.

Di un grito cuando el suelo empezó a temblar y a agrietarse.

La hierba se levantó. La tierra se partió en dos y apareció una enorme grieta. Yo empecé a caer por la grieta sin fondo abierta en el suelo.

Caí y caí, sin dejar de gritar.

21

—¡Ayyyy!

Aterricé sobre los codos y las rodillas. El dolor me invadió todo el cuerpo. ¡Eso sí que fue ver las estrellas! Aparecieron a centenares, todas rojas y amarillas.

Parpadeé para hacerlas desaparecer y me puse de rodillas.

Se me había caído la cabeza reducida. La vi a unos cuantos palmos de donde yo estaba, en el suelo. Me incliné hacia ella, la cogí temblando y la sujeté con fuerza.

Me sentía mareado y desconcertado. Cerré los ojos y esperé a que se me pasara el mareo.

Cuando los abrí, me di cuenta de que había caído en un hoyo de mucha profundidad. Estaba rodeado por paredes de tierra. El cielo azul era un cuadradito en lo alto.

La magia de la selva había vuelto a salvarme. La magia había conseguido que la tierra se abriera para que yo escapara del peligro. Para que yo escapara del tigre.

Oí un rugido apagado por encima de mi cabeza.

Sobresaltado, miré hacia arriba y vi los ojos amarillos que me fulminaban con la mirada.

El tigre rugió, enseñando los dientes. Entonces me di cuenta de que no me había escapado.

«Estoy atrapado. Si el tigre salta, acabará conmigo en cuestión de segundos. No tengo adónde huir. No tengo escapatoria».

Me dejé caer contra la pared de tierra, asustado. Observé al tigre, que me miraba con avidez, rugiendo y preparándose para

arremeter contra mí.

—¡Kaliá! —grité—. ¡Kaliá!

El tigre me respondió con un rugido.

Apreté la espalda contra la tierra. Intenté dejar de temblar.

«¡Por favor, no bajes! —supliqué en silencio—. ¡Por favor, no saltes!».

Los ojos amarillos brillaban a la luz del sol. Los bigotes plateados se crispaban cuando el tigre enseñaba los dientes en señal de advertencia.

De pronto vi la cara de un gatito amarillo y negro asomarse al hoyo. Uno de los cachorros me miraba desde el borde de hierba.

El otro cachorro apareció a su lado. Se asomó al borde del hoyo. Se asomó tanto, que estuvo a punto de caerse.

El tigre actuó con rapidez. Bajó la cabeza y apartó al cachorro del borde de un topetazo. Luego cogió al otro cachorro por el pellejo de la nuca y se lo llevó.

Tragué saliva. Me quedé inmóvil, con la espalda pegada a la tierra fresca y sin perder de vista la abertura. Observé el cuadrado de cielo azul y esperé el regreso del tigre.

Esperé.

Y esperé, conteniendo la respiración.

Ahora reinaba el silencio, un silencio tan profundo que oía el viento susurrar entre la hierba.

Un trozo de tierra se desprendió de la pared del hoyo y cayó hacia el fondo, disgregándose en la caída. No aparté los ojos de la abertura, esperando al tigre.

Después de lo que a mí me parecieron horas, exhalé un largo resoplido. Me aparté de la pared y me estiré.

«El tigre no va a volver —decidí—. Sólo quería proteger a sus cachorros. Ahora ya se los habrá llevado muy lejos».

Volví a estirarme. El corazón seguía latiéndome con violencia, pero ahora ya estaba algo más tranquilo.

«¿Cómo salgo de aquí? —me pregunté, mirando las abruptas paredes de tierra—. ¿Y si trepara?».

Volví a guardarme la cabeza reducida en el bolsillo. Luego hundí las manos en la tierra suave y fresca e intenté escalar. Conseguí subir casi medio metro, pero entonces la tierra cedió bajo mis

zapatillas deportivas y yo volví a resbalar hasta el fondo.

«No. Imposible. No podré salir de esta forma», concluí.

Saqué la cabeza reducida.

«Tendré que usar la magia de la selva —decidí—. La magia me trajo aquí. Ahora puedo usarla para que me saque».

Alcé la cabeza frente a mí, pero antes de que pudiera pronunciar la palabra, el hoyo se quedó a oscuras.

«¿Se estará poniendo ya el sol?», me pregunté extrañado. Miré hacia arriba.

No. No estaba anocheciendo. El cuadrado de cielo que aún veía seguía siendo de un intenso color azul.

Había alguien allá arriba que tapaba la luz.

¿El tigre?

¿Un ser humano?

Entorné los ojos, aguzando la vista.

—¿Quién-quién hay ahí? —grité.

22

Una cara asomó por el borde, mirándome desde arriba. Entornando los ojos para habituarlos al sol, distinguí una cabellera lisa y rubia y unos ojos azul claro.

—¡Kareen! —grité.

Kareen ahuecó las manos y se las llevó a la boca.

—Mark, ¿qué estás haciendo ahí abajo?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

El pelo le cayó sobre la cara. Ella lo retiró.

—Pues… te he seguido. Estaba muy preocupada.

—¡Sácame de aquí! —supliqué. Intenté volver a trepar, pero la tierra cedió bajo mis pies.

—¿Cómo? —me preguntó.

—No te habrás traído una escalera de mano ¿eh? —grité.

—Mm, no, Mark —contestó Kareen. Supongo que no tiene mucho sentido del humor.

—A lo mejor podría echarte una cuerda o algo por el estilo —sugirió.

—No es fácil encontrar una cuerda en plena selva —le recordé.

Negó con la cabeza y puso cara de preocupación.

—¿Y una liana? —grité—. Mira a ver si puedes encontrar una liana larga. Podría trepar por ella.

Se le iluminó la cara. Desapareció. Esperé con impaciencia.

—Por favor, date prisa —murmuré en voz alta con los ojos fijos en la abertura cuadrada—. Por favor, date prisa.

Allá en lo alto oí graznidos de pájaros y el batir de alas. Más

graznidos y chillidos.

«¿Se han asustado los pájaros? —me pregunté—. En tal caso, ¿por qué? ¿Ha vuelto el tigre?».

Me apreté contra la pared de tierra, mirando el cielo.

Por fin, Kareen reapareció.

—He encontrado una liana, pero no sé si es lo bastante larga.

—Échala por un lado —le indiqué—. Deprisa. Tengo que salir de aquí. Me siento como un animal que ha caído en una trampa.

—Me ha costado mucho arrancarla —se quejó. Empezó a bajar la liana. Parecía una larga serpiente reptando por un lado del hoyo.

Se detuvo a unos cuantos palmos de mí. —Voy a saltar para cogerla— le dije a Kareen—. Luego intentaré trepar mientras tú tiras de ella. Átatela a la cintura, ¿vale? ¡Sobre todo, no la sueltes!

—¡Sobre todo, no me arrastres contigo! —me respondió.

Esperé a que se atara la liana a la cintura. Luego flexioné las rodillas y salté. Me faltaban unos centímetros para alcanzar la liana.

Era uno de esos momentos en los que deseas ser alto y delgado en vez de bajo y rechoncho.

Al tercer intento alcancé la liana. Me agarré con las dos manos.

Luego apoyé los pies en la pared de tierra y empecé a trepar, como un escalador.

La tierra cedía bajo mis pies y la liana se hacía cada vez más resbaladiza cuando las manos me empezaron a sudar. Pero, con la ayuda de Kareen, conseguí llegar al final.

Me quedé un momento echado sobre la hierba, inspirando su dulce fragancia. Estaba contentísimo de haber salido de aquel agujero tan hondo.

—¿Cómo diantres te caíste ahí dentro? —preguntó Kareen, tirando la liana al suelo.

—No me costó mucho —le contesté. Me puse en pie e intenté sacudirme la tierra de la ropa.

—Pero ¿cómo es posible que no vieras ese agujero tan grande? —se extrañó.

—Pues no sé —le dije. Quería cambiar de tema—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué estás haciendo aquí, Kareen?

Me miró con sus ojos azules.

—Estaba preocupada por ti. Yo…, pensé que no estaba bien que

estuvieras tú solo en la selva y me escapé. Papá estaba trabajando en su laboratorio. Me alejé del campamento y te seguí.

Me sacudí terrones de tierra del pelo.

—Bueno, me alegro —confesé—. Pero ¿no te pegarán una bronca cuando vuelvas?

Se mordió el labio inferior.

—Merecerá la pena si encontramos a tu tía.

¡Tía Benna!

Con todo aquel jaleo de las arenas movedizas y del tigre, casi me había olvidado de ella.

Las sombras se cernieron sobre nosotros.

El aire refrescó de repente. Alcé la vista al cielo. El sol se estaba poniendo por detrás de los árboles.

—Es casi de noche —le comenté con voz queda—. Es-espero que podamos encontrar a tía Benna antes de que sea noche cerrada.

Ya había pasado una noche en la selva y la experiencia no me había gustado.

—¿Sabes hacia dónde tenemos que ir? —preguntó Kareen—. ¿O te limitas a caminar sin rumbo, esperando que suene la flauta?

—Qué va —respondí. Saqué la cabeza del bolsillo de mi camiseta—. Este hombrecillo me sirve de guía.

—¿Qué? —exclamó Kareen con asombro.

—Se le encienden los ojos cuando voy en la dirección correcta —le expliqué—. Al menos, creo que se encienden por eso.

Kareen ahogó un grito.

—¿Quieres decir que de verdad tienes la magia de la selva?

Asentí.

—Pues sí, es muy raro. Hay una palabra que yo he dicho siempre: «Kaliá». Es sólo una palabra sin sentido. Creía que me la había inventado cuando era pequeño. Pero he comprobado que al pronunciarla, la magia de la selva surte efecto.

¡Guau! —exclamó Kareen. Su cara se iluminó con una sonrisa—. ¡Eso es alucinante, Mark! Ahora sí que encontraremos a tu tía Benna. ¡Es magnífico!

Las sombras que se proyectaban en el suelo fueron alargándose a medida que el sol se ponía. Me estremecí cuando nos envolvió una ráfaga de aire frío.

Me rugía el estómago. No me acordaba de cuándo había comido por última vez. Intenté no pensar en ello. Tenía que seguir adelante.

—Vamos —dije en voz baja. Alcé la cabeza reducida frente a mí. Luego empecé a girar despacio en una dirección, luego en otra, hasta que los ojos empezaron a brillar—. ¡Es por aquí! —grité, señalando los árboles que se erguían más allá del claro.

Empezamos a andar hombro con hombro. La hierba silbaba, rozándonos las piernas al pisarla. Los insectos zumbaban en los árboles.

Kareen miraba estupefacta los ojos brillantes de la arrugada cabeza.

—¿De verdad crees que nos conducirá hasta Benna?

—Pronto lo sabremos —dije con solemnidad.

Nos internamos en la oscura maraña de árboles.

23

Cuando el sol desapareció, los ruidos de la selva sufrieron una transformación. Los pájaros dejaron de gorjear en los árboles. El estridente zumbido de insectos se intensificó. Oíamos extraños aullidos y gritos de animales a lo lejos, resonando entre los lisos y enormes árboles.

¡Deseé que los aullidos y gritos se quedaran donde estaban!

Criaturas oscuras reptaban entre las altas hierbas y la fértil espesura. La maleza parecía temblar cuando las criaturas nocturnas se escabullían en su seno.

Oí los silbidos amenazadores de las serpientes, el misterioso ulular de un búho, el sobrecogedor aleteo de los murciélagos.

Me iba acercando a Kareen a medida que avanzábamos. ¡Los ruidos eran mucho más reales que en mi juego del *Rey de la selva*! Seguramente, nunca más volvería a jugar con él. ¡En comparación me parecería muy soso!

Nos abrimos camino por una extensión de enhiestos y altos juncos. Los ojos de la cabeza reducida se apagaron.

—¡No es por aquí! —susurré.

Kareen y yo fuimos girando hasta que los ojos volvieron a brillar. Luego seguimos avanzando, abriéndonos camino en la espesura. Pisamos gruesas lianas y avanzamos entre la maraña de hierbas y maleza.

—¡Oh! —Kareen se dio una palmada en la frente—. ¡Mosquito estúpido!

El estridente zumbido de los mosquitos se hizo más intenso. Ni

siquiera se oía el crujido de las hojas y las lianas que cubrían el suelo de la selva bajo nuestros pasos.

A medida que oscurecía, los ojos de la cabeza reducida parecían brillar con más intensidad, como dos linternas gemelas que nos guiaran entre los árboles.

—Me estoy cansando —se quejó Kareen. Agachó la cabeza para sortear una rama baja—. Espero que tu tía esté cerca. No sé cuánto aguantaré.

—Yo también espero que esté cerca —le contesté con un murmullo. ¡Menudo día!

Mientras avanzábamos, no pude evitar pensar en tía Benna y en su cuaderno. No quería molestar a Kareen, pero había algo que me inquietaba.

—Mi tía no escribió cosas muy agradables sobre tu padre y Carolyn en su cuaderno —comenté sin mirarla—. Me quedé bastante sorprendido.

Kareen guardó un largo silencio.

—Es horrible —asintió por último—. Trabajaron mucho tiempo juntos, pero sé que al final discutieron.

—¿Por qué?

Kareen exhaló un suspiro.

—Papá tenía planes para explotar la selva. Cree que hay minerales muy valiosos. En cambio, Benna opina que la selva debería conservarse. —Volvió a suspirar—. Supongo que se pelearon por eso. No estoy segura.

—Por lo que dice el cuaderno, da la impresión de que tu padre es malo o algo así —murmuré, evitando su mirada.

—¿Malo? ¿Papá? —gritó—. No. Imposible. Tiene un carácter difícil, pero no es mal hombre. Y sé que papá aprecia a Benna. Aún la respeta y está muy preocupado por ella. Él…

¡Alto! —Cogí a Kareen del brazo, interrumpiéndola—. ¡Mira! —Señalé más allá de los árboles.

Había divisado un claro. Contra el cielo gris, distinguí la silueta de una pequeña cabaña.

Kareen ahogó un grito.

—Esa casita. ¿Crees que…?

Nos acercamos sin hacer ruido hacia el margen del claro. Algo se

escabulló entre mis zapatillas, pero no le di importancia.

Tenía los ojos clavados en la diminuta cabaña a oscuras.

Al acercarnos, vi que estaba hecha de ramas y palos. Montones de carnosas hojas conformaban el techo. No tenía ventanas, pero había estrechas rendijas entre las ramas.

—¡Hola! —susurré. Vi el parpadeo de una tenue luz en una de las rendijas.

¿Una linterna? ¿Una vela?

—Ahí hay alguien —susurró Kareen, mirando la cabaña con los ojos entornados.

Oí una tos.

¿La tos de una mujer? ¿La tos de tía Benna? No lo sabía.

—¿Crees que es mi tía? —susurré, arrimándome más a Kareen.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —me respondió.

La cabeza reducida brillaba intensamente en mi mano. La misteriosa luz verde amarillenta se desparramaba por el suelo a medida que Kareen y yo nos acercábamos.

Ya casi habíamos llegado.

—¿Tía Benna? —llamé con un hililllo de voz. Carraspeé. El corazón me latió con violencia—. ¿Tía Benna? ¿Eres tú?

24

Volví a pronunciar su nombre y me acerqué a la puerta abierta de la cabañita. Oí pasos en su interior, vi un destello de luz y oí un grito de sorpresa.

En el umbral apareció un farol. Dirigí los ojos a la pálida luz amarilla y luego los alcé para ver a la mujer que sostenía el farol.

Era bajita, muy bajita. Sólo un palmo más alta que yo, y algo rechoncha. Tenía el liso pelo negro recogido en una cola. Al resplandor del farol, vi que llevaba unos pantalones anchos caqui y una chaqueta de safari del mismo color.

—¿Quién hay ahí? —Alzó el farol delante de su rostro.

—¿Tía Benna? —grité mientras me acercaba—. ¿Eres tú?

—¿Mark? ¡No puedo creerlo! —exclamó. Vino hacia mí corriendo, balanceando el farol en la mano. La luz brincaba por las altas hierbas, haciendo danzar las sombras. Me envolvió con un abrazo—. ¿Mark? ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué estás haciendo aquí? —Tenía la voz aguda y gorjeante y hablaba muy deprisa, atropellándose.

Me apartó de ella para verme la cara.

—¡Pero si no te habría reconocido! ¡Cómo has cambiado desde que tenías cuatro años!

—Tía Benna, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté sin aliento —. Todos están tan preocupados…

—¿Cómo has venido a Baladora? —inquirió, apretándome el hombro con la mano libre y sujetando el farol en lo alto con la otra —. ¿Qué haces tú en la selva? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —

volvió a gritar.

—He-he utilizado la magia de la selva —tartamudeé.

Abrió los ojos como platos. ¿Sorprendida? ¿Temerosa?

De repente, me di cuenta de que no me estaba mirando a mí.

—Hola. ¿Quién hay ahí? —preguntó tía.

Benna quedamente, alzando el farol hacia los árboles.

Kareen salió a la margen del claro. Debido a mi entusiasmo, no me había dado cuenta de que se había quedado atrás.

—Es Kareen —le dije a mi tía—. ¿Conoces a Kareen? ¿La hija del doctor Hawlings?

Tía Benna ahogó un grito y me estrujó el hombro.

—¿Por qué la has traído hasta aquí? ¿No te das cuenta…?

—Todo va bien —dijo enseguida Kareen—. Estaba muy preocupada por ti. Por eso seguí a Mark.

—Me ha ayudado —le expliqué a tía Benna—. Kareen me ayudó a escaparme del doctor Hawlings y de Carolyn. Sin ella no habría conseguido atravesar la selva.

—Pero-pero —balbuceó tía Benna—. ¿Le has explicado lo de la magia de la selva?

—¡Sólo he venido a ayudar! —insistió Kareen—. Papá está preocupado por ti. Él…

—¡Tu padre quiere matarme! —gritó tía Benna con enojo—. Por eso tuve que escapar. Por esto tuve que dejarlo todo a mis espaldas y esconderme en la selva. —Dirigió a Kareen una mirada fulminante. Su rostro tenía una expresión tensa y dura a la luz amarillenta del farol.

—Kareen es de fiar —le aseguré—. Sólo quiere ayudar, tía Benna. En serio.

Mi tía se volvió hacia mí.

—¿Carolyn y Hawlings te trajeron hasta aquí?

Asentí.

—Sí. Querían que yo te encontrara. Carolyn me dio esto. —Saqué la cabeza reducida del bolsillo de mi camiseta. Ya no brillaba—. Me dijeron que yo poseía la magia de la selva —continué—. No sabía a qué se referían. Pensaba que estaban chiflados. Entonces, cuando me interné en la selva para buscarte, descubrí que sí la poseía.

Tía Benna asintió.

—Sí. Así es, Mark. Yo te la transmití cuando fui a verte hace tantos años. Te hipnoticé y te transferí la magia de la selva para que estuviera a buen recaudo.

—Sí. He leído tu cuaderno —asentí—. He leído por qué decidiste transmitírmela. Pero no explicaba nada sobre qué era la magia de la selva…

—Es una poderosa fuerza —respondió mi tía, bajando la voz—. Es una poderosa fuerza que hace lo que tú quieres, convierte en realidad todos tus deseos.

La tristeza embargó sus ojos.

—Pero ahora no podemos hablar de ello —me dijo en un susurro —. Aquí corremos peligro, Mark. Mucho peligro.

Empecé a responder, pero oí crujidos y chasquidos entre los árboles. ¿Pasos?

Los tres nos volvimos hacia el ruido.

Para mi sorpresa, Kareen empezó a correr por la hierba. Se había llevado las manos ahuecadas a la boca.

—¡Aquí, papá! —gritaba—. ¡Aquí! ¡He encontrado a Benna, papá! ¡Date prisa!

25

Ahogué un grito de espanto.

No había tiempo de echarse a correr.

Un haz de luz apareció entre los árboles. Detrás venía el doctor Hawlings, corriendo entre la alta hierba. Llevaba una linterna en una mano. La luz me deslumbró, luego enfocó a tía Benna.

¿Llevaba el doctor Hawlings mía pistola? ¿Algún arma? No alcanzaba a distinguirlo y, a decir verdad, prefería no averiguarlo.

Cogí a mi tía del brazo y tiré de ella. Quería correr, escapar al interior de la selva.

Pero mi tía se negó a moverse. Parecía que el miedo o la sorpresa la habían dejado petrificada.

El padre de Kareen corría hacia nosotros, respirando ruidosamente. A pesar de la escasa luz, vi la sonrisa de placer que se dibujaba en su rostro.

—Buen trabajo, Kareen. —Le dio una palmada en el hombro—. Sabía que si ayudabas a Mark a escapar, él nos conduciría directamente hasta su tía.

Cogido aún al brazo de mi na, miré a Kareen indignado. Me había engañado. Había fingido que era mi amiga, pero desde el principio había disimulado para ayudar a su padre.

Kareen me devolvió la mirada durante unos instantes. Luego bajó los ojos.

—¿Por qué me has engañado? —exigí——¿Por qué lo has hecho, Kareen? Alzó la vista y me miró. —Papá necesita la magia de la selva— respondió en voz baja.

—¡Me has mentido! —grité—. No tenía más remedio —dijo Kareen—. Si tu padre necesitara tu ayuda, ¿qué harías tú?

—Has hecho lo que debías, Kareen —la tranquilizó el doctor Hawlings.

Enfocó la linterna en el rostro de tía Benna. La obligó a taparse los ojos.

—¿De verdad pensabas que podrías esconderte para siempre, Benna? —preguntó en voz baja.

—Yo… lo siento —le dije a mi tía—. Es culpa mía. Yo…

—No. —Tía Benna me apoyó la mano en el hombro—. No es culpa tuya, Mark. Es culpa mía. Tú no sabías nada de esto. Tengo miedo de haberte metido en un buen lío.

—Un buen lío. Tenlo por seguro —dijo el doctor Hawlings entre dientes, acercándose a tía Benna—. Quiero conocer el secreto de la magia de la selva. Revélame el secreto, Berma, dime cómo surte efecto, y te prometo que tú y tu sobrino podréis salir de la isla enteros.

¿Enteros?

Aquello no me gustaba nada.

Mientras el doctor Hawlings miraba a mi tía, saqué la cabeza reducida del bolsillo con disimulo. «Usaré la magia de la selva —decidí—. Usaré la magia para salir de este atolladero».

Alcé la cabeza despacio frente a mí, abrí la boca para pronunciar la palabra secreta, pero al final me detuve cuando vi la mirada de tía Benna.

Me hablaba con los ojos, me indicaba que no lo hiciera.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el doctor Hawlings, volviéndose irritado hacia mí—. ¿Qué estás haciendo?

—No les digas nada, Mark —me suplicó na Benna—. No les reveles la palabra secreta.

Bajé la cabeza reducida.

—No lo haré —le susurré.

—No te preocupes, papi —dijo Kareen, sin dejar de mirarme—. Yo conozco la palabra, Mark me la dijo. Es…

26

Le tapé la boca a Kareen con la mano.

—¡Corre! —grité a tía Benna—. ¡Corre… ahora!

Con un airado grito de ataque, tía Benna bajó el hombro y arremetió contra el doctor Hawlings. Rugió como un jugador de fútbol, y lo aplastó contra la cabaña.

El doctor Hawlings gritó alarmado. La linterna se le cayó de la mano y rodó por el suelo.

Me aparté de Kareen corriendo y seguí a mi tía.

Mis pasos retumbaron en la hierba al correr hacia los árboles.

Casi habíamos llegado al margen del claro cuando Carolyn apareció ante nosotros.

—¿Tenéis prisa? —sonrió, impidiéndonos el paso—. La noche es joven.

Tía Benna y yo giramos sobre nuestros talones. El doctor Hawlings se nos había acercado por la espalda. Estábamos atrapados.

Carolyn alzó la linterna y miró a tía Benna entornando sus ojos plateados.

Carolyn sonreía. Una sonrisa fría y desagradable.

—¿Qué tal estás, Benna? Te hemos echado de menos.

—Basta de tonterías —murmuró el doctor Hawlings, gesticulando con la linterna—. Es demasiado tarde para regresar al campamento. Tendremos que pasar la noche aquí.

—Qué acogedor —se burló Carolyn, mirando a tía Benna con aquella fría sonrisa dibujada en los labios.

Tía Benna hizo una mueca de desprecio y desvió la mirada.

—Carolyn, creía que eras mi amiga.

—Aquí, todos somos buenos amigos —dijo el doctor Hawlings—. Y los buenos amigos tienen que compartirlo todo. Por eso vas a compartir el secreto de la selva con nosotros, Benna.

—¡Nunca! —afirmó mi tía, cruzándose de brazos.

—«Nunca» no es una palabra propia de los amigos —se mofó el doctor Hawlings—. Por la mañana, volveremos al campamento. Entonces nos lo dirás todo, Benna. Nos revelarás todos tus secretos y nos transmitirás la magia de la selva a Carolyn y a mí.

—Como una buena amiga —añadió Carolyn.

—Vamos —concluyó el doctor Hawlings. Apoyó su pesada mano en mi espalda y me empujó hacia la cabañita. Kareen estaba sentada en el suelo, con el cuello de la camiseta subido, la espalda apoyada en una de las paredes.

»Tú y Benna, a la cabaña —ordenó el doctor Hawlings dándome otro brusco empujón—. Así os tendremos vigilados.

—Estas perdiendo el tiempo, Richard —replicó tía Benna. Intentó que su voz sonara decidida, pero no pudo impedir que le temblara.

El doctor Hawlings nos obligó a entrar en la cabaña a oscuras. Tía Benna y yo nos echamos en el suelo.

A través de las rendijas de las paredes, veía moverse los haces de las linternas.

—¿Van a vigilarnos durante toda la noche? —susurré.

Tía Benna asintió.

—Ahora somos sus prisioneros —me respondió en voz baja. Suspiró—. Pero no permitiremos que se apoderen de la magia de la selva—. ¡Ni hablar!

Me arrimé más a mi tía.

—Si nos negamos —le dije en voz muy baja—. ¿Qué van a hacernos?

Tía Benna no respondió.

—¿Qué van a hacernos? —repetí.

Bajó la mirada y no respondió.

27

La esfera roja del sol despuntaba en el cielo cuando el doctor Hawlings asomó la cabeza para despertarnos.

Yo sólo había dormido unos minutos. La cabaña no tenía suelo y la tierra era dura.

Cuando cerraba los ojos, veía la cabeza reducida que llevaba en el bolsillo. Soñaba que la sostenía en la mano. Sus ojos parpadeaban y empezaban a mover los labios.

«¡Estás perdido! —exclamaba en un aterrador susurro ronco—. ¡Estás perdido. Perdido. Perdido!».

Tía Benna y yo salimos a gatas de la cabaña, estirándonos y bostezando. Aunque el sol aún estaba bajo, el aire ya era cálido y húmedo.

Me dolía todo el cuerpo de haber dormido en un terreno tan duro. Mi camiseta estaba húmeda y apestaba. El estómago me rugía de hambre. Me rasqué el cuello y descubrí que estaba plagado de picaduras de mosquito.

No era una mañana muy prometedora que digamos.

Y no tenía visos de mejorar.

Anduvimos durante horas a través de la sofocante selva. Carolyn y Kareen abrían la comitiva. El doctor Hawlings se situó detrás de tía Benna y de mí, para asegurarse de que no intentábamos escapar.

Nadie dijo una palabra. Los únicos ruidos eran los gritos de los animales, el gorjeo de los pájaros en lo alto y el silbido de los grandes helechos y los hierbajos a nuestro paso.

Enjambres de mosquitos blancos salían volando del sendero,

girando en círculo como un pequeño tornado. El sol se filtraba entre los árboles, quemándome la nuca.

Cuando por fin llegamos a la hilera de barracas, yo estaba acalorado, sudoroso, muerto de hambre y de sed.

El doctor Hawlings nos empujó a tía Benna y a mí al interior de una choza vacía. Dio un portazo al salir y cerró la puerta con llave.

La cabaña tenía dos sillas plegables y una cama pequeña sin mantas ni sábanas. Me desplomé en el colchón.

—¿Qué va a hacernos?

Tía Benna se mordió el labio.

—No te preocupes —respondió en voz baja—. Ya se me ocurrirá algo. —Atravesó la pequeña habitación e intentó abrir la ventana. Se había atrancado o la habían cerrado por fuera.

—A lo mejor podemos romper el cristal —sugerí.

—No, lo oirá —objetó tía Benna.

Me rasqué la nuca. Las picaduras de mosquito me escocían endiabladamente. Me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano.

La puerta se abrió. Kareen entró con dos botellines de agua. Me echó uno a mí y el otro a mi tía. Luego dio media vuelta enseguida, cerró la puerta de golpe y le echó la llave a conciencia.

Me llevé el botellín a la boca y me bebí toda el agua de un trago. Quedaban unas gotas en el fondo. Me rocié con ellas la cabeza. Luego tiré el botellín al suelo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté a tía Benna.

Estaba sentada en una de las sillas plegables con los pies apoyados en la otra. Se llevó un dedo a los labios.

—Ssshhh.

Fuera, oí un traqueteo mecánico. Era un estruendo metálico. Oí agua fluyendo de una manguera.

Corrí hacia la ventana y miré. Pero estaba orientada hacia el otro lado. No se veía nada.

—Hemos tenido mucha suerte —murmuró tía Benna.

Me la quedé mirando.

—¿Qué?

—Un golpe de suerte —repitió—. Hawlings no nos ha quitado la cabeza reducida. Ayer por la noche estaba todo tan oscuro que

supongo que no la vio.

Saqué la cabeza del bolsillo. El pelo negro se había enredado. Empecé a alisarlo.

—Escóndela, Mark —me ordenó tía Benna con brusquedad—. No queremos que Hawlings la vea. No sabe que la cabeza es necesaria para la magia de la selva.

—¿Esta cabeza en concreto? —pregunté, guardándomela otra vez en el bolsillo—. ¿Sólo esta cabeza?

Tía Benna asintió.

—Sí. Esa cabeza y la palabra mágica. La palabra que te transmití durante la hipnosis cuando tenías cuatro años.

El pelo negro de la cabeza me salía por el bolsillo. Lo metí con sumo cuidado.

En el exterior se produjo otro ruido metálico. Oí un chapoteo. El rugido del agua ganó intensidad.

—Corremos un terrible peligro —dijo tía Benna en voz baja—. Tendrás que usar la magia de la selva para salvarnos, Mark.

Sentí un escalofrío de terror. Pero murmuré:

—No es problema.

—Espera a que te dé la señal —me instruyó tía Benna—. Cuando parpadee tres veces, saca la cabeza reducida y pronuncia la palabra mágica. No apartes los ojos de mí. Espera la señal, ¿vale?

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de par en par. El doctor Hawlings y Carolyn entraron a toda prisa con cara de pocos amigos.

El doctor Hawlings llevaba una gran pistola plateada.

—Fuera —ordenó, apuntándonos con la pistola.

Seguimos a Carolyn a lo largo de la hilera de chozas. Se volvió y nos obligó a detenernos detrás del laboratorio. Kareen estaba apoyada en la pared con un ancho sombrero de paja calado hasta los ojos.

Brillaba un sol espléndido. La nuca me escocía y me picaba.

Apretándome contra mi tía, entorné los ojos bajo aquel sol de justicia. A mi derecha, vi el gran montón de cabezas reducidas.

Los ojos negros de las resecas cabezas acartonadas parecían estar fijos en mí. Las bocas se torcían en horribles expresiones de ira y terror.

Cuando aparté la mirada del aterrador montón de diminutas cabezas, descubrí algo aún más aterrador.

Había una olla negra enorme detrás del laboratorio. El agua rebosaba por el borde, burbujeando e hirviendo.

La olla estaba sobre una especie de fogón eléctrico como los de las cocinas. Estaba al rojo vivo. El agua hirviendo burbujeaba y humeaba.

Me volví hacia tía Benna y vi el miedo reflejado en su rostro.

—¡No puedes hacer una cosa así! —gritó al doctor Hawlings—. ¡Sabes que no puedes salirte con la tuya!

—No quiero hacerte ningún daño —anunció el doctor Hawlings con serenidad, sin mostrar la menor emoción. Esbozó una sonrisa—. No quiero hacerte daño, Berma. Sólo quiero poseer la magia de la selva.

Yo no perdía de vista los ojos de mi tía: esperaba su señal, los tres parpadeos que me indicarían que actuara.

—Transmíteme la magia de la selva —insistió el doctor Hawlings.

Carolyn apareció a sus espaldas con los brazos en jarras.

—Entréganosla, Benna. No queremos problemas. Te lo prometo.

—¡No! —La palabra salió disparada de la boca de mi ría—. ¡No! ¡No! ¡No! Los dos sabéis que nunca desvelaré el secreto de la magia de la selva. A vosotros no. ¡Nunca jamás!

Carolyn suspiró.

—Por favor, Benna. No nos lo pongas más difícil.

—¡Nunca! —murmuró mi tía, devolviéndole la mirada.

Tía Benna parpadeó.

Tenía la garganta seca. Tragué saliva, esperando dos parpadeos más.

No. No era la señal. Aún no.

El doctor Hawlings avanzó un paso.

—Por favor, Benna. Te estoy dando una última oportunidad. Revélanos el secreto ahora mismo.

Tía Benna negó con la cabeza.

—Entonces, no me queda más remedio —dijo el doctor Hawlings, meneando la cabeza—. Como vosotros dos sois los únicos en el mundo entero que conocéis el secreto, sois demasiado

peligrosos. El secreto debe morir con vosotros.

—¿Qu-qué van a hacernos? —dije impulsivamente.

—Vamos a reducirnos la cabeza —respondió el doctor Hawlings.

28

La olla silbó cuando el agua hirviendo rebosó por el borde. Miré aterrado las oleadas de vapor que salían de la olla.

¿De verdad quería reducirnos la cabeza?

¿Iba yo a terminar acorchado y correoso, con la cabeza del tamaño del pomo de una puerta?

Controlé el temblor de mis piernas y miré a tía Benna. La miré intensamente. Observé sus ojos esperando los tres parpadeos.

«¡Deprisa! —rogaba en silencio—. ¡Deprisa; antes de que nos eche al agua hirviendo!».

Kareen observaba en silencio. «¿En qué estará pensando?», me pregunté. No veía su expresión. Tenía la cara oculta bajo el ala del sombrero de paja.

—Benna, es tu última oportunidad —anunció el doctor Hawlings en voz baja—. Porque os aprecio a ti y a tu sobrino, Benna. Hazlo por él, ¿vale? Dime el secreto, hazlo por Mark.

—No merece la pena, Benna —se entrometió Carolyn—. Te sería muy fácil transmitirnos la magia de la selva.

—No-no puedo —tartamudeó tía Benna.

—Entonces no nos queda más remedio —dijo el doctor Hawlings, casi con pena—. El chico será el primero.

Dio un paso hacia mí.

Tía Benna parpadeó. Una, dos, tres veces.

¡Por fin!

Con una mano temblorosa, saqué la cabeza del bolsillo.

La alcé frente a mí. Abrí la boca para pronunciar la palabra

secreta, pero en ese preciso instante el doctor Hawlings me arrebató nuestro amuleto y lo echó en el gran montón de cabezas.

Luego arremetió contra mí, abriendo los brazos para agarrarme con las dos manos.

Me escabullí por debajo y me lancé sobre el asqueroso montón de cabezas.

Empecé a rebuscar frenéticamente con ambas manos. Cogí una, la tiré a un lado. Cogí la siguiente. La siguiente. La siguiente.

Estaban pegajosas y calientes, duras como pelotas de béisbol. El pelo se me enredaba en las manos. Los ojos oscuros me miraban ciegamente. Eran tan desagradables que se me formó un nudo en la garganta. Empecé a respirar entrecortadamente.

Detrás de mí, oía a mi tía peleando con el doctor Hawlings, enfrentándose a él para intentar mantenerlo alejado de mí.

Oí los gritos de Carolyn y los chillidos de alarma de Kareen.

Tema que encontrar mi cabeza reducida.

Tenía que encontrarla antes de que el doctor Hawlings se deshiciera de mi tía y me capturara.

Cogí una. La tiré. Cogí otra. La tiré.

¿Cómo iba a encontrar la mía?

¿Cuál era?

¿Cuál? ¿Cuál?

29

Cogí una cabeza. Las hormigas reptaban por sus mejillas.

Cogí otra.

Clavó sus vidriosos ojos verdes en mí.

Cogí otra.

Tenía un largo rasguño blanco en una oreja.

Me dispuse a echarla de nuevo al montón. Pero me detuve.

¿Un rasguño blanco en una oreja?

¡Sí! ¡La mía tenía un rasguño! ¡Mi hermana Jessica le había hecho el rasguño en casa!

¡Sí! ¡Ésa era mi cabeza!

—¡Gracias, Jessica! —grité a pleno pulmón.

Con un alarido de cólera, el doctor Hawlings arremetió contra mí.

Me rodeó con sus brazos y empezó a arrastrarme fuera del montón de cabezas.

—¡Kaliá! —grité, sujetando con fuerza la cabeza reducida. Mi cabeza reducida—. ¡Kaliá!

«¿Nos salvará a tía Benna y a mí?», me pregunté.

¿Surtiría efecto la magia de la selva?

El doctor Hawlings aún me rodeaba con los brazos, en un intento de arrastrarme hacia la olla hirviendo.

—¡Kaliá! —exclamé.

Sus manos dejaron de estrujarme.

Daba la impresión de que se estaban encogiendo, que los brazos se le metían dentro del cuerpo.

—¿Eh? —Di un grito de sorpresa al darme cuenta de que estaba encogiendo. ¡El cuerpo entero del doctor Hawlings estaba encogiendo, empequeñeciéndose más y más!

Miré a Kareen y a Carolyn. También estaban encogiendo, perdiendo altura.

Kareen desapareció bajo el sombrero de paja. Luego salió corriendo por debajo del ala. Una Kareen diminuta, más o menos del tamaño de un ratón.

Los tres. —Kareen, Carolyn y el doctor Hawlings— corretearon por el suelo. Eran como ratones. Chillaban coléricos con sus vocéenlas estridentes.

Me quedé junto al montón de cabezas y vi que se escabullían por el suelo, sin dejar de chillar. Los seguí con la mirada hasta que se internaron en la selva.

Luego me volví hacia tía Benna.

—¡Ha funcionado! —grité—. La magia de la selva nos ha salvado.

Se acercó corriendo y me abrazó.

—¡Lo has logrado, Mark! ¡Lo has logrado! ¡Ahora la selva ya no corre peligro! ¡El mundo entero está a salvo!

Hubo más abrazos cuando tía Benna me acompañó de vuelta a casa. Abrazos de mamá, y hasta de Jessica.

Fueron a buscarnos al aeropuerto. Luego mamá nos llevó en coche a casa para celebrar nuestro regreso con una suculenta cena. Tenía tantas cosas que contar, que empecé a explicarlas en el coche y no dejé de hablar hasta mucho después de que hubiera terminado la cena.

Casi era hora de dormir cuando tía Benna me acompañó al estudio. Cerró la puerta a sus espaldas y me indicó que me sentara en el sofá. Ella se acomodó a mi lado.

—Mírame a los ojos —dijo en voz baja—. Mírame fijamente, Mark. Muy fijamente.

Alcé los ojos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

No oí su respuesta.

Cuando la miré a los ojos, la habitación se hizo borrosa. Parecía que los colores se mezclaban y emborronaban. Los pósters de la pared daban vueltas y más vueltas, las sillas y la mesita de café resbalaban por el suelo.

Después de un rato, la habitación volvió a ser como siempre. Tía Benna me sonrió.

—Ya está —me dijo, apretándome la mano—. Ya vuelves a ser normal, Mark.

—¿Eh? —La miré entornando los ojos—. ¿A qué te refieres?

—Se acabó la magia de la selva —me explicó—. La he recuperado. Vuelves a ser un chico normal.

—¿Quieres decir que si grito «Kaliá» no pasará nada?

—Eso es. —Me sonrió, cogiéndome aún la mano—. He recuperado la magia. La cabeza reducida ya no tiene poderes. Ya no tendrás que volver a preocuparte de eso.

Se puso en pie bostezando.

—Se está haciendo tarde. Es hora de irse a dormir, ¿no crees?

—Sí. Supongo. —Todavía estaba pensando en que ya no poseía la magia de la selva. Ya no—. ¿Tía Benna?

—¿Sí?

—¿Puedo quedarme con la cabeza reducida?

—Claro —respondió, ayudándome a ponerme en pie—. Quédate con la cabeza reducida de recuerdo. Así, siempre te acordarás de tu aventura en la selva.

—No creo que pudiera olvidarla muy fácilmente —respondí. Luego le di las buenas noches y me fui a la cama.

A la mañana siguiente, me desperté temprano y me vestí tan rápido como pude. Me moría de ganas de llegar a la escuela para fardar de la cabeza reducida con Eric y Joel y con todos los demás chicos.

Devoré los cereales y me bebí el zumo de naranja de un solo trago. Cogí la mochila, me despedí de mamá, agarré la cabeza reducida y salí de casa.

Llevando cuidadosamente la cabeza en una mano, me puse a correr por la acera. Hacía un día espléndido. El aire era cálido y

fragante.

Mi escuela está sólo a tres manzanas de casa, pero en aquella ocasión me parecieron kilómetros.

Me moría de ganas de llegar y fardar con todos.

Me moría de ganas de explicarles a mis amigos todas mis aventuras en la selva.

Vi el edificio de la escuela en la manzana siguiente, y un grupo de chicos de pie ante la entrada.

Mientras cruzaba la calle corriendo, de repente noté que la cabeza se movía en mi mano, contrayéndose.

—¿Eh? —Sofoqué un grito y la miré.

Los ojos parpadearon, luego me miraron. Los labios se cerraron, luego volvieron a abrirse.

—Oye, chico —gruñó la cabeza—. ¡Deja que te cuente la parte del tigre!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.